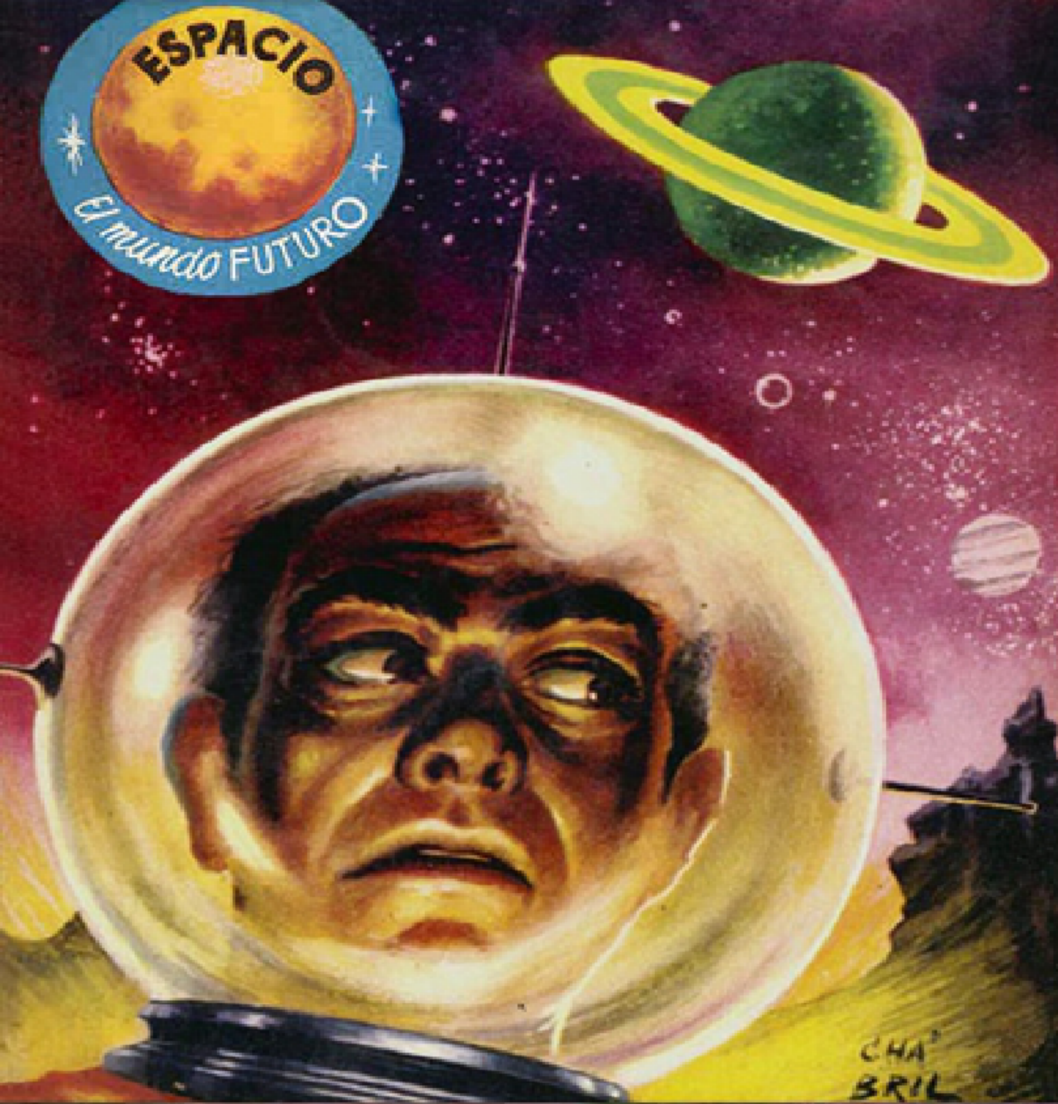


PERSECUCIÓN EN LA ORBITA

H.S. THELS

Persecución en la órbita

H. S. Thels

Espacio el Mundo Futuro/086

CAPÍTULO 1

El hombre se detuvo al final de aquella especie de calle en la que ninguno de los edificios que la formaban tenía nada que pudiese calificarse de ventana o puerta. Las paredes eran lisas, de abajo a arriba, de izquierda a derecha, sin más accidente que el de las granulaciones del hormigón de que habían sido hechas.

Alguna lámpara incandescente, de vez en cuando, contribuía a paliar un tanto la oscuridad que reinaba allí. Y el silencio, como compañero inseparable de las tinieblas, contribuía ciertamente a prestar al decorado por el que se movía el hombre un aspecto no totalmente exento de amenazador misterio.

El hombre era pequeño, de anchas espaldas, rechoncho y macizo, con dos ojos verdes que lo observaban todo con una atención siempre renovada, alerta.

Sus manos se apretaban sobre una especie de caja negra que llevaba y de las que a veces surgían diminutas luces de varios colores. Una de las manos manipulaba hábilmente mandos redondos que tenía la caja en una de sus caras.

El hombre sabía que todos aquellos falsos edificios que formaban la calle por la que habían avanzado, prudentemente, en la última media hora, no eran más que pilas atómicas desgastadas, viejas e inservibles, que formaban la parte muerta de la Base L—121.

Ninguno de aquellos macizos cubos de hormigón le interesaba. El objeto de su misteriosa visita nocturna a la Base debía encontrarse, según los informes que poseía, un poco más allá, en el centro de una especie de plaza que dibujaban las nuevas pilas en funcionamiento.

También sabía que aquel departamento hacia el que se dirigía se llamaba «Centro de Síntesis de metales pesados», y que, desde hacía muy pocas horas, los empleados de la Base, antes de regresar a sus hogares, habían depositado allí un bloque de platino, recientemente obtenido y capaz de enriquecer fabulosamente al hombre que lo poseyese.

Los ojos verdes brillaron intensamente de codicia.

Al desembocar en la «plaza», el hombre miró a todos los lados, concentrando su atención sobre las luces que, intermitentemente, lanzaba su minúsculo aparato.

No le extraño mucho que la luz roja apareciese aún, aunque no se hacía ilusiones, ya que, tarde o temprano, el mecanismo infrarrojo de la cajita daría la alarma.

Pero él, Dick Wurtzel, que había salido de la Prisión General de Marte hacía solamente tres semanas, contaba con las naturales dificultades que se presentarían en la peligrosa y arriesgada empresa que se había propuesto realizar.

Dick sabía que la base L—121 estaba celosamente guardada, en las horas de ausencia del personal que trabajaba en ella, por un grupo de «robots», capaces de disparar sus armas tetanizantes ante cualquier peligro. También sabía que el número de «robots» guardianes era de veinte.

Pero Wurtzel no era un delincuente vulgar, y lo había demostrado en muchísimas ocasiones, purgando penas que, sumadas, llegaban a la no despreciable cantidad de doce años que había pasado en las prisiones de Marte.

El regreso a la Tierra no había sido difícil, después de cumplir los requisitos que la ley exigía de todos los presos que habían conseguido su libertad.

Al recordar los cuatro últimos años pasados en Marte, Dick no pudo evitar un estremecimiento.

De todos los planetas del Sistema, que el hombre había conquistado y

dominado por completo, Marte era la triste excepción, ya que había abierto a sus conquistadores astronáuticos un mundo desértico, salvaje, muerto, lleno de esterilidad y soledad.

Por eso lo habían elegido como Penitenciaría del Sistema.

Durante aquellos cuatro años, Dick no había perdido el tiempo. En verdad, había sido una verdadera suerte el que un grupo de empleados de la Base L—121 fueran enviados a presidio por robo. Gracias a ellos, Wurtzel había aprendido muchas cosas de la Base, asignándole desde el primer instante una atención especial, como objetivo de su próximo y más productivo golpe.

Le habían hablado de los maravillosos procedimientos de síntesis y de cómo se fabricaba, a partir del plomo y sus compuestos, los metales preciosos, necesarios para las Bancas del Sistema y que regían la economía de todos los planetas civilizados.

Además, y por si fuese poco, había convivido en la misma celda con el profesor Ferrel, una verdadera notabilidad en Física, y que había salido de prisión el mismo día que él.

Todo se había encadenado de la mejor manera y después de pagar el viaje de Ferrel hasta la Tierra, Dick había conseguido del hombre de ciencia una amistad y confianza que le había abierto las puertas del maravilloso laboratorio del sabio.

Ahora, en aquellos precisos instantes, el profesor Ferrel yacería, si nadie le había descubierto aún, en su laboratorio, con la cabeza deshecha por el golpe que Dick le había propinado, matándole instantáneamente. Después, Wurtzel se había llevado de allí los dos aparatos que habían sido el fruto de treinta años de investigación y privaciones de Ferrel.

Uno de ellos era la cajita que llevaba en la mano.

Justamente, en aquel momento, la cajita emitió una serie de lucecitas rojas, que parpadeaban cada vez con mayor intensidad.

Acercándolo a su rostro, Dick miró hacia el cuadrante donde se movía velozmente una aguja que, después de un tembloteo intenso, permaneció, no completamente inmóvil, pero sí señalando insistentemente hacia la derecha.

Cogiendo la caja con la mano izquierda, el hombre se desabrochó rápidamente la gabardina, descubriendo una funda que encerraba una

especie de pistola. La empuñó fuertemente y apuntó hacia el lugar que señalaba la aguja de la cajita.

La luz roja que emitía ésta era cada vez más intensa.

Hasta que vio el «robot».

La silueta del hombre—mecánico se destacó claramente sobre el fondo de la luminosidad que rodeaba el centro de síntesis, en el centro de la plaza.

El hombre sonrió.

Pero aquella sonrisa tuvo más de mueca que de algo que le satisfaciese plenamente. La alta silueta del «robot», de más de cinco metros de altura, era ciertamente impresionante. Aquella extraordinaria máquina, último modelo en su género, era verdaderamente inatacable con los medios comunes. Ninguna clase de bala hubiese perforado su coraza de acero—cadmio. Además, sus delicados mecanismos electrónicos estaban situados en el fondo de aquella especie de formidable coraza, donde no hubiese llegado ni una bala de cañón.

El «robot» no le había «visto» aún; pero, guiado por sus pilas sensibles al infrarrojo y por tanto capaces de localizar cualquier fuente calorífica por minúscula que fuese, habían detectado ya la presencia del hombre en la parte secreta de la Base.

Dick se estremeció.

Por un momento, sin poderlo evitar, pensó en lo que ocurriría si aquella especie de pistola, el regalo que le había hecho Ferrel antes de haberlo matado y robado, fallase.

El «robot» seguía avanzando.

No parecía tener prisa —si es que una máquina podía tenerla—; pero sus pasos le guiaban inexorablemente hacia el sitio donde Dick se había ocultado.

El hombre tendió el brazo.

No se oyó ruido alguno, ni ninguna clase de llama surgió del cañón del arma. A Wurtzel le pareció haber hecho el gesto más estúpido e inútil de su vida.

Pero cuando vio que el «robot» se detenía y que se apagaban las

luminarias verdosas de sus «ojos», permaneciendo completamente inmóvil, el hombre sintió una alegría loca que le invadía por completo y sin poderlo evitar, plantó un sonoro beso en el arma, que le había hecho lograr la más resonante victoria de su vida.

Habiéndose desvanecido completamente sus temores, avanzó decidido hacia el edificio del centro, dispuesto a terminar cuanto antes.

Otros tres «robots» le salieron al paso, pero la misteriosa arma cumplió magníficamente su cometido, y los hombres mecánicos se quedaron como gigantescas estatuas, que ya no podían hacer el menor daño.

Al detenerse ante el edificio, cuyo letrero leyó varias veces, como si temiese haberse equivocado, recordó lo que le habían hablado del sistema de seguridad que lo guardaba, entre el que abundaban multitud de células fotoeléctricas, diseminadas por todas partes y conectadas con sistemas de alarma y autodefensa, que ponían en marcha los odiosos mecanismos tetanizantes.

Su pistola, de alguna manera había que llamar al extraño aparato que empuñaba su mano derecha, apuntó largamente a la puerta, seguro de que todos los mecanismos electrónicos se quemarían y de que la entrada se le ofrecería de la manera más segura.

Así ocurrió, en efecto.

Momentos más tarde, con el corazón oprimido, Dick penetraba en el recinto donde se guardaba el tesoro sintetizado el día anterior.

No tardó en descubrirlo.

El bloque de platino, de una pureza completa, estaba sobre una mesa, y Wurtzel lo contempló con los ojos agrandados por la codicia, al tiempo que experimentaba una sensación placentera que le inundaba el alma de dicha.

Aquel bloque de platino era lo que se gastaba, en el Sistema, en un solo día, o hasta podía ser que en menos; pero, para una sola persona, significaba algo que difícilmente podía concebirse. Ni aún gastado a manos llenas, derrochando estúpidamente, podría Dick terminar con él durante el resto de su vida.

Enfundó la pistola y tendió ambas manos, intentando coger el metal.

Este ni siquiera se movió.

Una risita breve brotó de los labios de Wurtzel.

— ¡Qué estúpido soy! —dijo en voz alta—. Había olvidado que este bloque de metal comprimido, en el que se han suprimido los espacios intermoleculares, PESA AHORA CERCA DE TRESCIENTOS KILOS.

En realidad, el bloque de metal no era más grande que una caja de cigarros habanos, de las pequeñas. Pero la supresión parcial de los espacios intermoleculares había reducido notablemente su tamaño, aumentando al mismo tiempo el peso, su valor intrínseco.

¡Trescientos kilos de platino!

Cuando allá en Marte había oído hablar a los ex empleados de la Base de tan maravillosas cosas, se había reído, al principio, negándose rotundamente a creerles. Pero el profesor Ferrel le había iniciado poco a poco en los misterios de la Física, hasta hacer que comprendiese que la extensión de los cuerpos es función directa, además de la masa, de los espacios vacíos que existían entre sus moléculas y que, vulgarmente, podían compararse a los poros de cualquier sustancia.

También le habían explicado por qué una esfera maciza de plata que se la golpea con fuerza, prueba evidente de que la plata, como todos los cuerpos que llamamos macizos, no lo son en realidad, y que todos tienen poros entre sus moléculas.

Se quitó velozmente la mochila y sacó de ella algo que hubiese hecho sonreír a los hombres de los principios del siglo XX por el extraordinario parecido que tenía con las primitivas bocinas de los primeros automóviles. En realidad, la «bocina» estaba cerrada por su parte más ancha, pero hasta la pera negra aumentaba el extraordinario parecido.

Aquello era el «anti—g» del profesor Ferrel.

Wurtzel aplicó el aparato al bloque, oprimiendo unas cuantas veces la pera de plástico; luego, con toda tranquilidad, LEVANTO, CON UNA SOLA MANO, EL BLOOUE DE TRESCIENTOS KILOS, como si se hubiese tratado de un trozo de corcho.

Lo colocó en la mochila, que volvió a cerrar cuidadosamente. Allí, gracias al «anti—g», cuya potencia era prácticamente inacabable, los trescientos kilos del valioso metal pesaban menos de medio kilo.

Sacando la cajita y la pistola, Dick se dirigió hacia la salida. Justamente cuando llegaba a ella, la cajita empezó a despedir

furiosamente luces rojas, que llenaron la atención del hombre.

Se acercó sigilosamente a la puerta.

Todo el resto de los «robots» avanzaba amenazadoramente hacia allá.

Sin perder su sangre fría, Dick fue disparando contra ellos, que a consecuencia del disparo se iban quedando inmóviles, como había ocurrido con los anteriores.

Cinco minutos más tarde, todo había terminado.

Apretando el paso y con una sonrisa de satisfacción, el hombre volvió a recorrer la larga calle por la que había penetrado en la Base. Al acabar de recorrerla, encontró fácilmente el coche que había dejado oculto en los alrededores, entre los montones de escombros da las pilas atómicas ya inservibles.

Quince minutos después se detenía en uno de los espaciódromos de la región. Tenía ya el billete para la Luna, desde donde se dirigía, en el cohete interespacial «Vulcán» a Deimos. Allí le esperaría seguramente James.

Cuando la astronave despegó, Dick, sentado cómodamente en su sillón, cerró los ojos, imaginándose todas las cosas maravillosas que podía hacer con el «trocito» de metal que llevaba en la mochila.

CAPÍTULO 2

DOC French encendió otro cigarrillo. Su mirada se posó sobre la apagada pantalla del televisor; después, volviéndola hacia el otro hombre sentado en un sillón funcional, preguntó:

— ¿Cuánto tendremos que esperar, Jenkins?

— No sé, Doc; no tengo la menor idea. La investigación preliminar debe estar desarrollándose en estos momentos. Y ya sabéis que Ben no nos dará suelta hasta estar seguro de que podemos hacer algo positivo.

— Tengo los nervios de punta.

— Y yo también.

Guardaron silencio durante un rato, hasta que Jenkins lo rompió, inesperadamente:

— Lo verdaderamente extraordinario es que ese tipo haya logrado paralizar los «robots» vigilantes. ¿Cómo demonios Io habrá hecho?

— ¡Cualquiera sabe...! —lanzó un profundo suspiro—. Es el robo más audaz y perfecto que se ha hecho en estos últimos cien años. ¡Trescientos kilos de platino de la mayor pureza!

— De lo que no cabe la menor duda es de que el ladrón poseía un «Anti—g».

Doc le respondió en seguida:

— ¡Naturalmente! De otra manera no hubiese logrado sacar el lingote de la Base. Y si tenía un «anti—g», es que no se trataba de un ladrón vulgar.

La pantalla se iluminó en aquel momento y ambos hombres se acercaron para ver el rostro de Ben Copler, el director de F.B.I.S.

Doc se percató en seguida del entrecejo fruncido de su superior. Era la marca de «que algo iba realmente mal».

Tardó algún tiempo en hablar.

— Hay que ponerse inmediatamente a trabajar, muchachos. La cosa es mucho más grave de lo que nos habíamos imaginado. Ese platino no estaba aún definitivamente tratado; hacía solamente quince días que había salido de la pila atómica de integración.

— Lo que quiere decir... —insinuó Doc.

— Que el platino es fuertemente radiactivo, lo que significa un peligro enorme, no solamente para el bandido que lo ha robado, sino para todos los seres humanos que puedan acercársele.

— ¡Arrea! —exclamó Jen.

— Hay que cazarlo cuanto antes —siguió diciendo Ben, sin hacer caso de la exclamación del joven—. Por fortuna, la radiactividad que desprende el platino puede guiarnos hasta el culpable. Será necesario que todos los policías del espacio que sean designados para esta misión se procuren sus correspondientes contadores Geiger. Con ellos

podrán detectar la presencia del metal, aunque el bandido lo oculte en un lugar invisible para los demás.

— ¿Se tiene alguna idea sobre la dirección que haya podido seguir el ladrón?

— Desgraciadamente, ninguna. Tendremos que esperar a que alguien presente síntomas radiactivos; el u otras personas que, accidentalmente, se le hayan acercado.

— Comprendo. Las órdenes son, pues, de esperar. ¿No es así?

— Para vosotros dos sí. La policía de la Tierra ha organizado ya una batida general. Por desgracia, doce astronaves salieron ayer para la Luna y el culpable podría muy bien ir en una de ellas.

— ¿Se ha avisado a Mooncity?

— Sí. La aduana de nuestro satélite ha sido prevenida y se efectuarán registros sintomáticos a cuantos sospechosos desciendan de los astrocohetes.

— Comprendido —dijo Doc—. Así, nuestra misión es esperar a que alguien presente lesiones producidas por el platino radiactivo, señalándonos el lugar por donde haya pasado ese tipo.

— Petfectamente.

La imagen en la pantalla se apego, con el chasquido característico.

— ¿Qué te parece? —inquirió Jenkins al cabo de un momento.

— No puedo imaginar la ceguera de ese hombre. Por un lado y por lo que sabemos hasta ahora, parece una persona inteligente, ya que paralizó a los «robots» y llevó a cabo un robo de` una audacia inimaginable; pero, por otra parte, él debía de ignorar que el platino de la Base estaba aún bajo los efectos de la radiactividad. ¿No lo comprendes, Müller?

Jenkins asintió con la cabeza, pero no dijo nada en absoluto.

— Ese hombre —prosiguió Doc— lleva la muerte consigo; su propia muerte y la de otras muchas personas.

— ¡Eso es, precisamente, lo que debemos evitar! —exclamó el otro con vehemencia—. Si él muere, nada importante se perderá y el platino podrá ser recuperado; lo malo es el daño que puede hacer a los

que, por desgracia, estén a su lado sin darse cuenta del horrendo peligro que corren por causa del platino.

* * *

Había logrado un camarote particular en el «Vulcán», que, hacia dos horas, habla despegado de uno de los espaciódromos de la Luna.

Todos los temores que sentía en el satélite desaparecieron como por ensalmo, cuando el poderoso espaciocohete dejó atrás el mundo selenita, adentrándose en el espacio, rumbo a uno de los satélites de marte.

Dick respiró satisfecho.

A medida que se alejaba de la Terra, sus posibilidades de triunfo aumentaban progresivamente. Y cuando James le hubiese orientado, sería posible deshacerse del platino a buen precio y empezar la vida que siempre había soñado.

Todo cuanto un hombre podía desear se hallaría el alcance de sus manos...

¿Sus manos?

Las miró, orgulloso de todo lo que habían hecho, de preciso y matemático, en su vida profesional de ladrón. Miró las sensibles yemas de sus dedos, que sabían captar la vida íntima de las cajas de caudales, sin necesidad de emplear métodos bárbaros de destrucción.

Y, de repente, notó que la piel parecía reseca, ajada prematuramente, como sí hubiese tenido las manos junto a un horno. Al mismo tiempo, la sangre pareció afluir con más fuerza por las azules venas de aquellas manos y una sensación de calor le invadió, cediendo a los pocos momentos.

Sonrió.

Luego, mientras encendía un cigarrillo, lanzó una mirada hacia el armario metálico, donde había encerrado su mochila.

— Tendré —diio en voz alta— que comprar un maletín que llame menos la atención. Aunque, en realidad, estas mochilas de plástico

que regalan las compañías de astronavegación abundan extraordinariamente.

Estaba contento e íntimamente satisfecho de lo que había hecho, y orgulloso de haber burlado al F.B.I.S. (Policía Federal del Estado).

Estaba seguro de que el problema más arduo de la policía estribaba en la inmovilidad en que hallaron a los «robots—guardianes». Aquel invento de Ferrel, que nadie conocía, podía serle aún de una gran utilidad, y lo guardaba como un verdadero tesoro. En cuanto al «anti—g», la cosa era mucho más conocida, y los del F.B.I.S. se lo habrían explicado con muchísima más facilidad que lo otro.

Se sentía completamente fuera del alcance de la Ley. Era casi completamente imposible que la policía pudiese seguir su paso y nadie pensaría en él, aunque más tarde, al descubrir el cadáver del profesor, pudiesen hacer algunas hipótesis y buscaran entre los hombres que había conocido el sabio en los últimos tiempos.

Era posible que llegasen a saber que Farrel salió de Marte en su compañía y que habla sido él quien pagó el viaje del sabio hasta la Tierra; pero para entonces, él, Dick Wurtzel, estaría muy lejos, en alguno de los planetas exteriores, gozando de una vida en la que la policía no podría inmiscuirse en modo alguno.

No, no debía temer absolutamente nada.

Poco después llamaron prudentemente a la puerta de su lujosa cabina.

— ¡Adelante!

Un empleado de le astronave se inclinó ante él, saludándole.

— Vamos e llegar a Deimos, señor. ¿Desea usted algo?

Dick dudó unos instantes.

— ¿Hay servicio de espaciocohetes desde Deimos a Júpiter y los otros planetas exteriores?

— Dos veces por mes, señor.

— ¿Nada más?

— Si, pero si el señor tiene urgencia para un viaje, puede hacer dos cosas: bajar a Marte, desde donde hay servicio diario para Júpiter y los demás planetas, o pedir sencillamente una astronave particular que

le llevará donde desee en cualquier momento.

— Gracias. Perdone..., ¿conoce bien Deimos?

El otro sonrió antes de contestar.

— Es fácil conocerlo, señor. ¿Es el primer viaje que el señor hace a Deimos?

— Sí —repuso—. Es mi primer viaje por este lado del espacio.

— Lo suponía, señor. Deimos es una piedrecita en el aire. Tiene solamente diez kilómetros de diámetro, y no hay en el más que una pequeña ciudad, Deimos—City, donde casi todos los edificios son hoteles y el poco espacio que queda está ocupado por el único espaciódromo del satélite marciano.

— Muchas gracias por todo.

— A sus órdenes, señor.

El empleado salió y se dirigió directamente a la cabina. Apenas entró en ella, cuando el radio telegrafista penetró detrás de él, abriéndose paso.

— Oye, Limmer —dijo—, acabo de recibir un radio de una de las estaciones espaciales que acabamos de dejar atrás. Me preguntaban si llevábamos material radiactivo.

— ¡Se les ha debido de subir la soledad a la cabeza!

— No sé, pero me han dicho que todos los contadores Geiger han oscilado, y hasta han temblado las luces de sus instalaciones.

— Habrá sido un meteorito radiactivo que ha pasado junto a ellos al mismo tiempo que nosotros.

— También les he dicho yo eso; pero me han contestado nada agradablemente, que no tenemos que enseñarlos a manejar el radar, y han insistido en que revisemos todas las instalaciones en Marte. Si no lo hacemos, han dicho que no nos dejarán pasar hacia la Tierra.

— ¡Maldita sea! Una revisión completa va a llevarnos casi una semana... ¡Una semana en Marte! ¡Un planeta que me es antipático hasta donde no podéis pensar!

— Igual nos pasa a los demás. Fuera de los barracones del

espaciódromo y de aquel miserable hotel, no se ven más que presidiarios. Pero, aunque lo siento tanto como tú, tendremos que hacer algo. Ya conoces a los de las Estaciones de Control.

— Tiene espíritu de lo que son: policía. Han sustituido a los antiguos agentes de circulación que habla en la Tierra. Y su mayor placer es imponer multas a las astronaves que pasan ante ellos.

Deimos estaba ya ante ellos y el piloto empezó a maniobrar para preparar el aterrizaje.

Entretanto, Dick también se preparaba. Habla sacado su mochila de plástico y no pudo evitar el lanzar una ojeada a su imponente tesoro.

Poco después, el mismo empleado abrió la puerta, después de llamar cortésmente.

— Ya hemos llegado, señor...

Wurtzel le dio la propina que el otro evidentemente esperaba y salió al pasillo, mezclándose con el resto de los pasajeros. Justamente ante él una señora vulgarmente vestida decía a su marido, evidenciando claramente que se trataba de su primer viaje estelar:

— ¡Oh, querido! ¡Ya verás lo que podremos contar a nuestros amigos cuando regresemos! ¡Esto es maravilloso!

Llevaba un traje de los llamados «espaciales» y que imitaban a los que habían vestido los primitivos astronautas; sin embargo, las mangas cortas, que dejaban desnudos sus gordezuelos brazos, ponían un acento de ridículo en su atuendo demasiado fantasioso.

Dick miró al marido, encontrándolo tal y como lo hubiese imaginado, aún sin verlo. Y sonrió al verle sometido, en la más cómica esclavitud, por aquella obesa esposa que era casi el doble de alta que el.

Fue un poco antes de llegar a la puerta de salida, donde estaba la escalera para descender, cuando la obesa señora exclamó:

— ¡Qué horrible calor, Robert! ¡Me arden los brazos!

— Será la sensación, cariño —musitó el hombre.

— No lo sé, pero es tremendamente desagradable. Ya podían haber puesto un sistema de acondicionamiento..., para evitar estos sofocones a los viajeros.

Dick frunció el entrecejo.

Por un momento estuvo a punto de hacer eco a la manifestación de aquella mujer. El también sentía un intenso calor en todo el cuerpo, pero no dijo nada.

Una vez en tierra, lanzó una mirada curiosa a la ciudad, que empezaba casi donde el espaciódromo terminaba. Después de entregar su billete se dirigió a la terminal de vehículos y tomó uno de ellos.

— Al hotel «Marte» —dijo al chófer.

La proximidad del último paso que daría para vender el platino le hizo olvidar sus rodantes temores. Y cuando el vehículo se detuvo ante la marquesina del hotel, sonrió satisfecho, imaginando la sorpresa que iba a tener el buen James.

CAPÍTULO 3

MULLER Se estiró perezosamente. Luego miró a Doc, que consultaba unos documentos, arrellanado en su sillón; en la cabina de la astronave. Habían abandonado la Luna hacía unas horas.

— ¡Estoy loco de contento! —exclamó Müller.

El otro levantó la cabeza de los papeles.

— ¿Por qué? —preguntó, curioso.

— Porque apenas si empezamos este asunto y ya nos comunican que, desde un satélite artificial de Marte, han captado la radiactividad al paso de una astronave, rumbo a Deimos… ¿No es para estar contento?

French miró a su ayudante, sonriendo con visible benevolencia.

— Todo eso es muy bonito. Me permitirás algunas preguntas, ¿verdad?

— Las que quieras.

— Primero: ¿has pensado en que puede haber ocurrido algún

accidente en el dispositivo atómico de la astronave?

— ¿Qué quieres decir?

— Que es muy posible que uno de los trozos de uranio se haya desprendido de las pilas del aparato y haya emergido en una de las toberas, cosa frecuentísima, produciendo una radiactividad que los del control han detectado...

— ¡Qué casualidad! Ya sabía yo que ibas a amargarme las esperanzas. ¿Por qué ha de ser lo que tú dices?

— No seas estúpido. Yo desearía que tuvieses razón; de todas formas, pronto saldremos de dudas. Ya sabes que vamos directamente a Marte y, antes que otra cosa, hablaremos con el piloto del «Vulcán», al que he ordenado que se detengan allí hasta que lleguemos.

— ¿Iban los pasajeros a Marte?

— ¿Estás loco? Los había, según dijeron los de la Compañía, para Deimos y Fobos. Marte, mi querido amigo —agregó con una sonrisa burlona—, es solamente una colonia penitenciaria.

— ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡No hace falta que te burles porque haya olvidado eso! No me daba cuenta de lo que decía al preguntarte; estaba preocupado por lo otro.

Doc miró las notas, y sin levantar la cabeza, comentó:

— La lista de pasajeros no dice nada claro. Naturalmente, si nuestro hombre iba en el «Vulcán», habrá utilizado un nombre falso. De todas formas, pensando en la riqueza que llevaba, es posible que sea uno de estos dos individuos que iban en cabina particular.

— ¿Cómo se llaman?

— Hay un tal Leo Kepler, un sudamericano de nombre Corrales y un matrimonio, los señores Stephen: Robert y Bertha...

— De ésos no sospecharás, ¿verdad?

— ¿Por qué no? Un matrimonio se presta mucho a simular una situación criminal.

Guardaron silencio durante un rato.

— ¿Es verdad —inquirió Müller al cabo de un momento— que se ha

hecho público el robo?

— Ben no deseaba hacerlo, pero la Federación impuso su criterio. Era un deber, según ellos, avisar a la población del Sistema del peligro que corría de ser atacada por fuertes radiaciones que emanaban del platino sustraído. Después de todo, si quieres oír mi opinión, es mejor que el asunto se haya dado a la publicidad. Así los afectados por quemaduras radiactivas se presentarán en los centros sanitarios ayudándonos positivamente con sus informaciones.

— Pero esta radiactividad no durará siempre, ¿no es así?

— En efecto. Dentro de un mes el platino no emitirá rayos gamma de ninguna clase y será completamente inofensivo.

— Lo que quiere decir que si ese tipo consigue despistarnos durante treinta días, podrá liquidar el platino como le convenga.

— ¡No digas estupideces! ¿Sabes lo que significa un mes para un hombre que lleva consigo una fuente de radiaciones tan mortífera? Ese tipo no lo contará dentro de treinta días.

— ¡Vaya lío en que se ha metido! Si lo supiese... Porque es seguro que lo ignora.

— Casi seguro. De saberlo, hubiese tomado ciertas precauciones...

El copiloto militar entró en la cabina.

— Llegamos a Marte, señores.

— Vamos.

Aterrizó el aparato y los dos policías descendieron la tierra. Un vehículo oficial los condujo al hangar donde estaba el «Vulcán», junto a toda la tripulación.

Doc se presentó, exhibiendo sus documentos, y el piloto se puso inmediatamente a sus órdenes.

— Me llamo Laurel Smith, señor inspector.

— Perfectamente. ¿Han encontrado algo que justifique los temores de la Estación de Control?

— No. Las pilas atómicas están perfectamente, y no ha habido ningún escape de uranio. Los filtros para la absorción de la radiactividad

funcionan normalmente, lo que quiere decir que la cantidad de rayos gamma que salen de las toberas es tan inapreciable, que un contador Geiger, a dos metros de esas toberas, no podría detectar absolutamente nada.

— ¿Ninguna otra cosa de anormalidad?

— Ninguna, señor.

— De acuerdo. ¿Quiere decir al «Space—boy» que venga?

— En seguida, señor.

El «Space—boy», un soñador que deseaba ser piloto, se acercó a los policías.

— A sus órdenes, Señor.

— ¿Cómo se llama?

— Peter Limmer, señor.

— ¿Conoció a todos los pasajeros de este último viaje?

— Si, Señor.

— Me refiero especialmente a los que ocupaban una cabina particular. Hábleme de ellos.

El otro tardó unos segundos en contestar:

— Había un matrimonio, los señores Stephen; él parecía un pobre hombre, un mártir al que su mujer dominaba por completo. Esta, la señora Stephen, tenía un aspecto vulgar, e iba vestida de una manera chillona y denotante.

— ¿Y los otros?

— Estaba el señor Corrales, un brasileño, origen argentino, muy simpático y jovial. El otro, el señor Kipler, era serio, pero magnánimo y muy correcto; parecía un importante personaje.

— ¿A qué se refiere esa calificación de «magnánimo»?

El «space—boy» sonrió.

— Daba unas excelentes propinas. Comparadas con las que me dio el

matrimonio, eran ciertamente magnánimas,

— Comprendido. ¿Dónde bajaron los pasajeros?

— ¿Se refiere siempre a los de la cabina individual?

— Sí.

— El señor Kopler y el matrimonio Stephen bajaron en Deimos. El sudamericano en Phobos.

— Muchas gracias, Limmer.

— A sus órdenes, señor...

Y cuando el empleado se hubo alejado:

— ¿Qué te parece todo esto, Doc? —inquirió Müller.

— No puedo llegar a ninguna conclusión; al menos, por el momento. Ahora, por lo menos, estamos seguros de una cosa: uno de los pasajeros de la cabina individual llevaba el platino radiactivo.

— ¿Quién? —inquirió el otro con los ojos brillantes.

— No lo sé; uno de los tres, contando, naturalmente, con Robert, el pobre marido mártir.

— ¿Y qué vamos a hacer?

— Ir ahora mismo a Deimos.

— ¡Estupendo!

Acababan de empezar a andar, cuando un hombre corrió hacia ellos.

— ¿Señor French?

— Soy yo —repuso Doc.

— Hay un telegrama para usted, señor, en la oficina.

— Vamos.

El oficial de control, después de estrecharles la mano, les entregó el telegrama.

Doc lo leyó en voz alta:

«De Ben a Doc French stop Acaban de comunicarme siguiendo instrucciones generales, que una pasajera del «Vulcán», Bertha Stephen, residente en el hotel «Marte», de Deimos, presenta quemaduras radiactivas en los brazos stop. Ocúpese investigación rápida de circunstancias que ha podido provocar tal afección stop. Comuníqueme, urgentemente, resultados stop Ben.»

— ¡Ya lo tenemos! —exclamó Müller con gran entusiasmo.

Corrieron hacia la astronave militar que les habla llevado.

— ¿Qué supones? —inquirió Doc, mientras el aparato despegaba.

— ¡Que el marido mártir es nuestro hombre! ¡Qué idiota ha sido! !Ha caído estúpidamente en su propia trampa!

Doc no dijo nada; se limitó a sonreir, encendiendo un cigarrillo inmediatamente después.

* * *

Dick lanzó una mirada al vestíbulo del hotel, dirigiéndose después a la conserjería.

— ¿El señor Kimball? —inquirió.

— No está ahora, señor. Ha salido con su esposa.

Wurtzel estuvo a punto de lanzar una carcajada. Estaba seguro de que James no había alterado su inviolable soltería.

— ¿Sabe usted dónde están?

— En el Salón «Phobos» con toda seguridad.

— Perfectamente. Sólo vengo para unas horas —añadió, al tiempo que ponía un billete de cien «cosmos» sobre el mostrador—. Me gustaría dejar mi equipaje en la habitación que ocupa mi amigo Kimball...

El empleado miró el billete y una sonrisa iluminó su rostro.

— No creo que haya inconveniente, señor...

Le hizo acompañar por uno de los botones y Dick se admiró sinceramente de la lujosa habitación que ocupaba su amigo.

Una vez solo, buscó el sitio más adecuado para dejar su mochila, optando por uno de los cajones del doble armario, donde lo dejó entre las camisas de James.

Se lavó y peinó en el cuarto de baño y cuando se hubo contemplado en el espejo, emitió un gruñido de satisfacción, tomando el camino del vestíbulo, desde donde se hizo pedir un taxi que le llevase al salón «Phobos».

La pequeña ciudad no dejó de agradarle, recordándole un poco Las Vegas, ya que los salones y salas de juego abundaban tanto como en aquella famosa ciudad americana.

Vio jovianos de piel cobriza y algunos venusianos que parecían negros de las orillas del Congo. Iban ataviados con vestidos de bellos colores y sus mujeres exhibían con indudable orgullo los tatuajes que ornaban sus desnudos brazos y en cuya complejidad sólo ellos eran capaces de leer el árbol genealógico de sus importantes familias.

A Wurtzel le divirtió aquella mezcla de gentes y de tipos.

Los habitantes de Saturno y Urano parecían gigantes blancos al lado de los otros mortales. Y los plutonianos, pequeños y rechonchos, con sus amplios abrigos de pieles, le recordaban a los lapones y esquimales que había visto en la Tierra.

El vehículo se detuvo, suavemente, ante el colorado letrero que ornaba la entrada de uno de los más elegantes centros de diversión.

Le agradó extraordinariamente el local, profusamente iluminado y con una clientela de lo más heterogénea y cosmopolita que podía imaginarse. Después de recorrer el local un par de veces, Dick descubrió a su amigo en compañía de una mujer de espléndida belleza y que en modo alguno podía proceder de la Tierra.

Dio la vuelta para sorprender a la pareja por la espalda, y cuando estuvo junto a su amigo, saludó:

— ¡Hola, Kimball!

El otro dio un verdadero salto, volviéndose como si acabase de oír su sentencia de muerte. Y se quedó mirando al otro con unos ojos tan extrañamente abiertos, que Wurtzel se molestó a su vez.

— ¿Qué diablos te pasa, James? ¿Es así como recibes a un viejo amigo al que, sin duda alguna, esperabas?

El otro lanzó un suspiro antes de decir:

— Toma asiento, Dick, y perdona. Me has asustado al presentarte así.

Y señalando a la muchacha, dijo:

— Kara, una amiga.

Dick se inclinó ceremoniosamente ante ella, y sin ambages, piropeó:

— Es usted la más hermosa mujer que he visto en toda mi vida. Y, francamente, desde que he entrado me estaba preguntando de que parte del Sistema es usted.

Ella sonrió, mostrándole una dentadura única.

— Soy de Europa —dijo.

— ¿Eh? ¿Usted terrícola? ¡Que me aspen si lo entiendo!

— Se refiere a «Europa», el segundo satélite de Júpiter…

— ¿Joviana entonces?

— Sí.

— Debí imaginármelo. En la tierra sólo tenemos para compararla con usted, la imagen desaparecida de las valquirias nórdicas.

Y se quedó mirando con admiración sincera las rubias trenzas que caían sobre los desnudos hombros de la muchacha.

Bebió luego y, volviéndose a su amigo, exclamó

— ¡He triunfado, James! ¡Nos hemos salido con la nuestra!

— Ya lo sé…

— ¿Cómo? ¿Lo sabes? ¿Han publicado algún comunicado?

— Sí…

Dick le hizo un gesto, señalándole disimuladamente a la joviana, que los contemplaba sinceramente divertida.

— Kara es de confianza —dijo James—. Está enterada de todo.

— Mejor que mejor. Así podremos hablar sin rodeos. ¿Has buscado un futuro comprador, tal y como me dijiste que harías?

— Imposible, Dick.

Wurtzel cerró los puños. Gruñó, exasperado:

— ¿Quieres explicarte más claramente?

Kimball tragó saliva, y encendiendo con mano temblorosa el cigarrillo que tenía en la mano, dijo, sin levantar la mirada del encendedor:

— ¿No has leído la prensa, Dick? ¿No has oído la radio durante tu viaje?

— No.

— Lo comprendo entonces. Todo el mundo sabe, en el sistema, que ha desaparecido ese trozo de platino.

— ¡Naturalmente! ¿Y qué quieres decir con eso?

— ¿No te das cuanta de que, en el caso de que sólo hubiese sido robado el platino, el F.B.I.S. hubiese procurado mantener el asunto en silencio, al menos durante unos días?

— Sigo sin entenderte. Lo mejor que puedes hacer es hablar clara y llanamente.

— Está bien, Dick: el platino que has cogido de la Base tiene una fuerte radiactividad, lo que le hace sumamente peligroso.

— ¿Por qué?

Wurtzel no se había preocupado, en su vida delictiva, más que de llevar a cabo sus propios asuntos. Habla, eso sí, oído hablar de la radiactividad, pero sin prestar mucha atención a aquel tema, que no le interesaba directa ni indirectamente.

— Escucha —diio el otro, con un suspiro que demostraba su desprecio por la ignorancia de Dick—, ese platino despide unas partículas invisibles, entre las que se hallan los célebres rayos gamma, que producen enfermedades, quemaduras y hasta la muerte del que permanece a su lado durante un cierto tiempo.

Si lo que deseaba era atemorizar al otro, no lo consiguió en absoluto.

— ¡Qué divertido! —dijo—. ¿No te das cuenta, merluzo, de que todo eso es un «camelo» de los del F.B.I.S. para darme miedo y que devuelva lo que me llevé?

— ¡Estas loco, Wurtzel! Ellos no avisarían a la población del Sistema si no estuviesen seguros de que el platino es radiactivo.

— ¡Bobadas, James! A ti lo que te ocurre es que siempre has sido igualmente miedoso... ¡Si vieses esa preciosidad de metal...!

El otro movió enérgicamente la cabeza.

— ¡No quiero verlo! ¡No quiero verlo!

Dick se encogió de hombros, y volviéndose a la muchacha, preguntó:

— ¿Y tú, preciosa? ¿Verdad que te gustaría acariciar esa maravilla plateada?

— ¿Cuánto pesa? —inquirió ella con un brillo de codicia en los ojos.

— Trescientos kilos.

— ¡Trescientos kilos de platino! Lo bastante para ser la persona más poderosa de todo el Sistema.

— Y que lo digas, encanto. Desde que desapareció el oro y los demás metales preciosos, la síntesis ha hecho posible que el valor se centuplicase. Te lo enseñaré muy pronto.

— ¿Dónde lo tienes? —inquirió Kimball.

— En un excelente sitio, amigo mío; lo he puesto en tu armario, en el hotel.

La piel del rostro de James cambió de color, hasta adquirir un sucio tono ceruláceo.

— ¿Por que has hecho eso, Dick? —preguntó, trémulo.

— ¿Es que he hecho algo malo? Lo he guardado allí porque, a pesar de todo, sigo teniendo plena confianza en ti. Y ahora, dejándonos de idioteces, ¿dónde puedo encontrar un comprador de confianza?

El otro tardó bastante tiempo en tranquilizarse.

— Sólo lo hay uno..., en Turma, la ciudad más importante de Saturno. Se llama Alex Palmer. Es el que controla todo el gangsterismo de la parte externa del Sistema. Le hablé de ti y de tu proyecto. Estaba dispuesto, cuando le hable del asunto, a comprarte la totalidad del metal. Ahora, ya informado de... «eso», no se si seguirá pensando de la misma manera.

— Tú no tienes que preocuparte de eso. Ya hablaré yo con ese Palmer...

Bebió otro vaso y con el entrecejo profundamente fruncido comentó:

— Lo que me preocupa es la manera de llegar hasta allí. Una astronave particular era lo que me convenía; pero, si se trata de una de alquiler, la policía puede fastidiarme.

— Yo puedo arreglar eso —dijo Kara.

CAPÍTULO 4

SE volvió hacia ella, mirándola intensamente.

— ¿No bromeas, preciosa?

Kara le sonrió, mirándole fijamente.

— No, Dick, no bromeo. Tengo una astronave bastante pequeña, pero muy rápida, regalo de mi padre.

— Sí —intervino James—. Kara es la hija del gobernador indígena del satélite Europa. Lo de la astronave es verdad.

— ¡Pero eso es maravilloso! ¿Y eres tú misma la que conduces el aparato, encanto?

Ella sonrió.

— Sí.

— ¡Estupendo!

Se había puesto en pie, y cogiendo familiarmente a la joven por el brazo, preguntó:

— ¿Qué te parece si fuéramos a echar una ojeada a esa maravilla de astronave?

— Como tú quieras.

Dick se volvió hacia el otro.

— Tú, James, entretanto, debes regresar al hotel para vigilar lo que he dejado allí. No pongas esa cara, hombre: te prometí un millón de «cosmos» por tu ayuda, y lo tendrás; Wurtzel, ya lo sabes, nunca falla a su palabra.

Cogió a la muchacha por la cintura y salió del local.

James se quedó mirándolos sin moverse, con los labios apretados y la frente cruzada por numerosas y profundas arrugas.

Un poco más tarda pareció salir de su marasmo y sus ojos adquirieron un intenso brillo.

Llamó al camarero, abonó al importe de lo consumido, agregando una espléndida propina, y salió del local.

Consultó el reloj.

Le daba tiempo para realizar lo que deseaba, ya que Kara y su amigo tardarían un buen rato en volver, puesto que habían ido a un espaciódromo particular, donde ella tenía la astronave.

Un vehículo lo dejó ante el hotel.

Cogió el ascensor, sin escuchar la animada conversación que un hombre bajito tenía con el conserje y otros señores, y penetró en su habitación, cerrando cuidadosamente la puerta tras él.

Lanzó un suspiro de satisfacción.

«Después de todo —se dijo—, Dick debe de tener razón; lo de la radiactividad quizá sea un truco del F.B.I.S. De otra manera, Wurtzel estaría ya muerto».

Le convenció plenamente aquel razonamiento, y después de extraer un formón y un martillo de uno de los cajones del armario — herramientas que utilizó siempre para abrir cajas de caudales, ya que

sus manos no eran tan sensibles como las de su amigo—, abrió el cajón donde Dick había dejado su mochila.

La tomó con todo cuidado, presa de una emoción que apenas podía contener. Luego, al pensar que estaba levantando trescientos kilos, frunció el entrecejo, seguro de que allí no estaba el platino.

Colocó la mochila sobre el lecho y la abrió, cuidadosamente.

¡EL PLATINO APARECIO ANTE EL!

Sus ojos brillaron más intensamente que la pulida superficie del metal. Le extrañó, eso sí, el minúsculo aparato que el lingote tenía sobre una de sus caras. Y, sin necesidad de ser un lince, llegó a la conclusión de que gracias a aquel dispositivo —que no podía ser más que un «anti—g»—, su amigo podía llevar consigo tan enorme peso.

Desconectó la pequeña máquina, apretando la pera, intentando después, al darse cuenta de la enormidad que había hecho, arreglar las cosas.

Pero ya era demasiado tarde.

El colchón cedió, partiéndose por la mitad, y el lecho se derrumbó estrepitosamente.

Arrastrado por la celda, James se vio precipitado hacia adelante, cayendo justamente sobre el trozo de platino, contra el que se golpeó la frente, perdiendo inmediatamente el conocimiento.

De no haber sido porque las habitaciones estaban aisladas contra los ruidos, aquel estrépito hubiese dado la alarma inmediatamente.

* * *

La astronave era, en efecto, de reducido tamaño; pero Kara demostró al hombre que aquel aparato era rapidísimo y seguro, desde todos los puntos de vista.

— Cuando llegué a la mayoría de edad —dijo—, mi padre, el poderoso Sethén, me regaló este astro cohete para que pudiese recorrer el Sistema.

Dick la escuchaba atentamente.

— ¿Estás enamorada de James? —le preguntó repentinamente.

— ¡No digas bobadas! He gastado la totalidad de lo que mi adre me dio y, no sé si conoces las leyes de Europa, pero no puedo regresar sin un hombre como esposo.

— ¿Y James? —insistió Dick nuevamente.

— ¡No tiene un «cosmos»! Le he estado prestando todo este tiempo, esperando que me pagase cuando tú llegases. Por eso me explicó tu proyecto. Francamente, Dick, tenía muchas ganas de conocerte.

— ¿Por qué?

— Despertaste mi curiosidad de mujer, desde el primer momento. Hombres capaces de hacer Io que tú has hecho, hay muy pocos.

— Gracias. Espero no haberte defraudado. Pero, francamente, Kara: no esperes que sea yo el hombre que presentes a tu padre. Tengo otros planes.

Ella se mordió los labios.

— Lo comprendo. No te he pedido nada.

Wurtzel se percató del tono agrio con que la joven había pronunciado sus últimas palabras. Rápidamente explicó:

— No quise decir eso, encanto. Tendrás dinero para poder viajar el resto de tu vida. Dick no olvida a los que le ayudan.

El entrecejo de Kara se desfrunció.

— Estaba segura de tu generosidad. Cuenta conmigo.

— ¿Volvemos?

Se acercaron al vehículo que les había llevado hasta allí.

— Al hotel —ordenó el hombre.

Momentos más tarde, el coche se detenía ante la puerta. Mientras Dick pagaba, la atención de la muchacha se concentró en el grupo de personas que entraban en el hotel, entre los que pudo ver algunos policías locales.

— No despidas el coche, Dick ¯dijo.

El otro entendió perfectamente el plan de la muchacha, congratulándose de haber sabido hacerse de una aliada de aquella envergadura.

— Te espero aquí; no tardes.

Ella penetró en el «hall», viendo que la excitación era general. Acercándose al conserje, al que sabía admirador suyo, le dedicó la más simpática de sus sonrisas.

— ¿Qué ocurre? —inquirió ella, melosa.

— ¡Es horrible, señorita! Hay una señora, que llegó esta mañana, y que está muy enferma.

— ¿Qué tiene?

— Una lesión gravísima por haber estado cerca de un foco de radiactividad. ¡Está perdida la pobre!

Ella cambió rápidamente de conversación:

— ¿Ha regresado el señor Kimball?

— Sí, hace rato. No ha vuelto a salir de su habitación.

— Muchas gracias.

Otra sonrisa y Kara salió precipitadamente del hotel, introduciéndose en el vehículo donde Dick le esperaba.

Dio orden al conductor de que diese una vuelta y cerró cuidadosamente el «intercomunicador», aislando la cabina del chófer de la parte posterior del vehículo.

— ¿Qué pasa? —inquirió el hombre, extrañado de tantas precauciones.

— James decía la verdad.

— ¿A qué te refieres?

— A que el platino es fuertemente radiactivo.

— ¿Tú también, Kara?

— Escucha y no seas cabezota. ¿Recuerdas haber visto durante el viaje a una mujer gorda?

El asintió con un gesto de cabeza.

— Sólo una vez. Salimos juntos, ella delante de mí, por el pasillo de la astronave. Recuerdo que llevaba un traje ridículo y los brazos, como morcillas… Su marido…

— Basta. Esa mujer está gravísima: con quemaduras radiactivas.

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Que los rayos gamma que salían del platino hirieron la piel de sus brazos desnudos. Hay que tomar una determinación, Dick.

— ¿Cuál?

— Ven. Lo arreglaremos en seguida.

Estableció comunicación con el chófer, dándole una dirección concreta. Momentos más tarde salían del vehículo y penetraban en un almacén que todavía estaba abierto.

El la esperó hasta que ella hubo realizado la compra. Pagó Dick, y Kara le pasó el paquete, que pesaba bastante.

— ¿Qué es esto?

— Volvamos al hotel. Ya lo verás.

Insistió, cuando el coche, siguiendo las instrucciones de ella, se detuvo en las proximidades del «Marte», para que él penetrase por la puerta posterior.

— No conviene que te vean demasiado, Dick. Dentro de poco, toda la policía local estará corriendo detrás de ti.

Sin saber exactamente por qué, Wurtzel se sintió ligado a aquella muchacha por una confianza que, a pesar de todo, se abría camino en su pecho. En realidad, Dick no había confiado jamás en nadie; pero, en aquellos momentos, en que la confusión reinaba en su mente, necesitaba apoyarse en alguien hasta que hubiese recuperado su sangre fría y medido exactamente el nuevo problema.

¿El platino, radiactivo?

Se resistía a creerlo.

Llegó y subió las escaleras, corriendo a la habitación de James mucho antes que ella con el ascensor. Pero la puerta estaba cerrada con llave y hubo de esperar a que Kara llegase y le abriese la puerta.

Lanzó un terrible juramento, al darse cuenta de lo que había pasado.

Kara también ahogó un grito, al ver a James sin sentido, sobre el lecho destrozado.

— ¡Cretino! ¡Imbécil! ¡Idiota! —gritaba Dick—. ¿Quién le habrá empujado a meter las narices donde no le importaba?

Se apoderó del «anti—g», que yacía en el suelo, aplicándolo hábilmente al bloque de platino, que levantó con una facilidad extraordinaria. Luego, al descubrir el formón y el martillo, comprendió el plan del otro.

— ¡El muy cerdo! ¿Te das cuenta, Kara? ¡Quería partir el lingote para quedarse con un trozo! ¡Qué sinverguenza!

Pero la muchacha no le escuchaba. Se había arrodillado junto a James y observaba, con un gesto de terror, la mancha roja que había aparecido en su rostro, justo en el lugar donde habla reposado su piel sobre el platino.

— ¡Abre el paquete que hemos comprado! —ordenó a Dick.

Este obedeció, sorprendiéndose al ver lo que contenía.

— ¡Ya comprendo ahora que pesase! ¡Es plomo!

— Envuelve el platino en el plomo.

— ¿Para qué?

— ¡No hagas preguntas estúpidas y haz lo que te digo! El plomo evitará que la radiactividad nos haga daño.

El la contempló con una admiración sincera.

Obedeció, rodeando el platino con la funda de plomo que ella había comprado; luego, lo metió todo en la mochila y miró a Kara, como si esperase órdenes.

— ¡Larguémonos! —dijo ella—. Hay que llegar inmediatamente a la

astronave...

Le obligó a salir por la escalera de servicio; luego, ya en el taxi y al cerrar el intercomunicador, se volvió hacia él.

— Puedes besarme —dijo—. Te lo has merecido. Ahora ya no hay peligro de que el platino nos haga daño.

* * *

Doc y Jenkins penetraron en tromba en el hotel «Marte», de Deimos.

El jefe de la policía local les esperaba ya.

Después de los estrechones de manos y las inevitables presentaciones, Doc tomó la palabra.

— ¿Qué hay de esa mujer?

— La hemos llevado al hospital más próximo. Está gravísima.

— ¿Y su marido?

— Muerto de miedo. Le hemos interrogado y registrado su habitación, pulgada por pulgada, sin encontrar nada sospechoso.

— ¿Los otros viajeros?

— Esperábamos su llegada para realizar la investigación pertinente.

Doc se acercó al conserje.

— ¿Qué hay de un tal Leo Kloper?

El otro tardó en hacer memoria.

— No cogió habitación en el hotel, señor. Preguntó por el Señor Kimball, en la habitación 202, y me pidió permiso para dejar su equipaje. Salió luego y no le he vuelto a ver.

— ¿Quién es ese Kimball?

— Un cliente bastante antiguo. Tiene alquiladas dos habitaciones, una para él y una para..., una joven llamada Kara. Esta ha salido hace unas

horas, al parecer con bastante prisa.

— ¡Vamos al 202!

Al entrar en la habitación, Doc lanzó un juramento.

Ante él, Kimball lloraba, ya recuperado el conocimiento, con la mano derecha sobre la mejilla. El lecho destrozado llamó inmediatamente la atención del inspector.

— ¿Qué ha pasado aqui? —inquirió.

— ¡Se han ido y se lo han llevado todo! —berreó James dolorosamente.

— ¿Quién se ha ido? ¿Qué se han llevado?

— ¡El platino!

Los ojos de los dos policías brillaron como reflectores.

— ¿Quién es?

— Dick Wurtzel.

Doc y Müller se miraron significativamente.

— ¿No te dice nada ese nombre, Jenkins?

— Claro que sí, Doc. Wurtzel es un pájaro que ha estado, por lo menos, dos veces en Marte: robos, falsificaciones, asaltos a mano armada...

French se volvió hacia James.

— ¿Dónde han ido?

— Lo ignoro. Kara tiene una astronave.

— ¡Maldición! ¿Quién es Kara?

— La hija del gobernador del Satélite «Europa», en la órbita de Júpiter. Estaba conmigo hasta que llegó Dick...

— Hay que irse tras ellos, inmediatamente —dijo Doc—.

Tenemos el tiempo justo para alcanzarlos. ¿De que tipo es la astronave?

— Una «Whelia».

— Corren, pero los alcanzaremos; la nuestra es mucho más rápida. ¡Vámonos!

— ¡Un momento!

Se volvieron hacia James.

— ¿Qué quiere?

Doc se percató de la palidez y el temblor que se apoderaba de aquel hombre.

— Voy a morir. Prométanme dar su merecido a ese cerdo...

— Así lo haremos.

Entonces, cuando iban a volverse, para dirigirse a la puerta, James se quitó la mano con la que, durante aquel tiempo, se había cubierto al lado izquierdo de la cara.

Jenkins lanzó una exclamación de horror.

¡LA CARNE HABIA DESAPARECIDO DE LA CARA DE JAMES, DEJANDO AL DESCUBIERTO LOS HUESOS Y LOS MUSCULOS, CASI COMPLETAMENTE DESTRUIDOS POR LA ACCION DE LA RADIACTIVIDAD!

CAPÍTULO 5

DESPUES de un despegue impecable, la muchacha colocó el piloto automático, y volviéndose hacia Dick, preguntó:

— ¿Qué te ha parecido?

— ¡Eres estupenda! Y pensar que si no llego a encontrarte, me hubiera visto en apuros para seguir adelante...

— No tiene importancia. Tú me interesas, Dick. Ya te dije que eras un tipo estupendo.

— ¿Nos vamos a pasar el tiempo diciéndonos cosas bonitas, encanto?

— Ella rió, francamente divertida; luego, sentándose a su lado, habló:

— Quería decirte algo…

— Soy todo oídos.

— Verás. Esta astronave, a pesar de ser un modelo moderno, no es lo que necesitamos para ir a Saturno. ¿No es ahí donde tienes que desprenderte del platino?

— Sí.

— Debemos cambiar de astronave, Dick.

— ¿Y cómo lo haremos?

— No hay más que una manera de hacerlo. ¿Cómo estás de dinero?

— No muy mal. Me quedan aún doscientos mil «cosmos».

— ¡Buena cifra! No creo que mi padre dudase en alquilarnos su moderno «Aigle»…

— ¿Tiene una maravilla de ésas?

— Sí. Se la fabricaron especialmente en la Tierra. No hay nada tan rápido como un «Aigle»; con una astronave así, seria capaz de salir del Sistema.

— ¿Y crees que nos la dejará?

— Nos la alquilará, Dick; nos la alquilará. Papá está muy mal de fondos. El satélite que, como sabes, tiene tres mil kilómetros de diámetro, es un mundo pobre y muy poco poblado. Papá ha pasado momentos buenos, cuando los terrícolas llegasteis allí y se le dio un premio importante por ponerse a la cabeza como guía de la expedición que conquistó Saturno. Papá era entonces muy joven y emprendedor. Vivió, después, con todo el dinero que los terrícolas le habían dado. Fue entonces cuando se encargó el «Aigle»… Pero, como ya sabes, el dinero se va rápidamente, sobre todo cuando se es, como papá, caprichoso como un niño pequeño…

— Comprendo. Le daremos los doscientos mil «cosmos».

— ¡Qué bueno eres! —exclamó ella, besándole—. No te importará

decir a papá que vas a ser mi esposo, ¿Verdad? Ya comprendes las costumbres de los pueblos jovianos.

— No, no me importará decirlo, si con ello contribuye a tu tranquilidad.

Fue a decir algo más, pero el altavoz automático de la astronave le cortó en seco:

— ¡Atención! ¡Atención!

Ambos se inclinaron hacia el aparato.

— ¡Dick Wurtzel! Te estamos siguiendo, y nuestra astronave se acerca irremediablemente a la tuya. ¡Entrégate! Si lo haces, haremos lo posible para mitigar tu castigo. Es una locura que intentes escapar...

Dick lanzó un rugido de rabia, y Kara, prudentemente, cerró el altavoz automático.

— ¿Cómo han podido descubrimos? ¿Cómo saben que he sido yo...?

— James —dijo ella sencillamente.

— ¡Maldito perro! ¡Algún día le echaré las manos al cuello y se acordará de esta traición!

— No podrás.

— ¿Por qué?

— Porque Kimball esta inexorablemente condenado. Debió caer sobre el lingote de platino y se quemó la cara, tan intensamente, que morirá de un momento a otro.

— ¡Es una lástima! Me hubiera gustado arreglarle las cuentas personalmente.

La lamparita del intercomunicador parpadeaba sin cesar, demostrando que los policías insistían en comunicarse con la astronave, cuyo circuito habían cerrado.

Bruscamente, Wurtzel abrió el circuito.

— ¿Qué demonios queréis?

— Ríndete, Dick; no hagas locuras. Antes de media hora os habremos

dado alcance y abriremos fuego sobre vosotros. No tienes derecho a exponer la vida de la mujer que te acompaña.

Se mordió los labios.

— ¡Podéis disparar, malditos! Perderéis el platino aunque yo me vaya al mismísimo infierno.

Hubo un silencio definitivo; los policías habían cesado de comunicarse. _

— Les he hecho pensar… —dijo Dick.

Ella sonrió.

— No te preocupes, querido, no dispararán contra nosotros. La federación no puede perder el platino así como así… Lo que me preocupa es que nos alcanzarán y no se separarán de nosotros, obligándonos, cuando las pilas de nuestra astronave se gasten, a aterrizar en cualquier sitio. Francamente no veo salida por parte alguna.

Pero Dick no la escuchaba. Estaba profundamente ensimismado, con los ojos entornados y una rara sonrisa que flotaba en sus labios.

— ¿Te pasa algo? —inquirió ella.

— Espera. Voy a ver una cosa. Aunque, en realidad, sería mejor que te hiciese unas preguntas.

— No te entiendo.

— Ni importa. Vas a decirme si todas las conexiones de una astronave son eléctricas. Yo jamás tuve ninguna.

— ¡Naturalmente! ¿Cómo pensabas que fuesen?

— Eso no interesa. Otra pregunta, encanto: ¿son electrónicos los contactos que rigen los movimientos de los robots?

— Sí.

El sonrió más ampliamente, sus ojos adquirieron un brillo intenso.

— Perfecto. Quédate aquí, preciosa. Voy a ver si les doy un susto a esos polizontes.

Pasó a la parte posterior de la diminuta astronave, sentándose en el sillón de popa, ante la capa de «implex» transparente, a través de la cual veía el infinito tachonado de estrellas.

Esperó.

Poco a poco, una especie de meteoro, intensamente brillante, apareció en el horizonte visible. Aquel punto ígneo fue aumentando paulatinamente de tamaño, hasta adquirir la silueta indudable de una astronave. De su parte posterior, por las poderosas toberas, seguían saliendo chorros de fuego, que era lo que primero había distinguido Dick.

Wurtzel había sacado aquella pistola que de tanta utilidad le había sido contra los robots—guardianes de la Base L—121. No estaba seguro de que iba a salirse con la suya, pero tampoco la desesperanza le había ganado, ya que, como Kara había dicho, había una similitud estrecha entre los sistemas electrónicos de los hombres mecánicos y de las astronaves.

Esperó que la astronave policial estuviese a una distancia de unas dos millas. Ahora podía distinguir fácilmente los contornos y detalles del poderoso navío, reconociendo en seguida que se trataba de un modelo militar, que había visto en algunos desfiles en la Tierra.

Apuntó.

Durante aquellos segundos, hasta que se decidió a apretar el gatillo, no pudo evitar que un escalofrío de duda le recorriese el cuerpo. Del resultado de lo que iba a hacer dependía todo, absolutamente todo.

Oprimió el gatillo.

Como en veces anteriores, nada extraordinario se produjo: ni fogonazo ni ruido alguno. Y de nuevo tornó a experimentar aquella misma sensación que se apoderó de él en la Base, cuando le pareció que al disparar contra al primer «robot» que se interpuso en su camino, no había hecho más que una solemne tontería.

Sin embargo, cuando, al cabo de una cantidad pequeñísima de tiempo, vio que todas las luces de la astronave policial se apagaban y que salían de sus toberas los últimos reflejos rojizos, deteniéndose definitivamente, lanzó la más estruendosa carcajada que jamás había salido de sus labios.

Corrió en busca de Kara, arrastrándola por la fuerza hacia la popa de

la astronave.

— ¡Fíjate, Kara! ¡Los hemos vencido!

Ella miró la astronave policial, sin dar crédito a sus ojos.

— ¿Qué has hecho, Dick?

— ¡Soy el más poderoso de los hombres, Kara! ¡Ya podemos reírnos de ellos, hasta que caigamos al suelo, sin poder más! ¡Que envíen astronaves detrás de la nuestra! ¡Que lancen a toda la flota de la Federación en pos de nosotros! ¡Ja, ja, ja! !Banda de imbéciles! ¡Ahora empezáis a conocer los poderes de Dick Wurtzell!

* * *

Sethén se asomó a la ventana, al oír el golpe del «ñakak», al que no tardó en ver aparecer en la curva del camino, hábilmente conducido por su hijo Atak.

Los «ñakak» jovianos eran una especie de caballos, pero dotados de dos largos cuernos laterales, que se dirigían verticalmente al eje del animal. Los primitivos habitantes del planeta y sus satélites habían aprovechado aquella constitución para agarrarse cuando los montaban; pero más tarde, al civilizarse, hablan construido sillas y riendas que facilitaban la tarea de guiar a los velocísimos animales.

En realidad, no podía hablarse de galopa al referirse a los «ñakak»; su marcha, fuera del paso, que muy pocas veces adoptaban, estaba formada por saltos formidables, de más de diez metros que, en Europa, con su pequeña masa, llegaban hasta los cincuenta.

Atak detuvo al animal junto a la puerta de la casa.

Su padre había salido de la mansión y le esperaba en la última terraza, al final de la escalinata de piedra azul, resto de la grandiosidad y lujo de otros tiempos.

— ¡Salud, padre! —saludó el joven, inclinándose ante el hombre.

— ¿Qué ha podido traerte tan aprisa, hijo? Tú no sueles venir por aquí con frecuencia.

Atak se mordió los labios, pero no dijo nada.

Era verdad que sus visitas se iban haciendo cada vez menos frecuentes; pero el viejo Sethén había ido perdiendo autoridad, y los pueblos del satélite necesitaban un jefe joven, como él, para poder exigir a la Federación y los terrícolas todo lo que no habían cumplido después de prometerlo.

— He recibido un mensaje de Kara, padre.

— ¿Qué dice?

— Que viene, con un extranjero, en su astronave.

— ¿Su esposo?

— Todavía no; pero lo será cuando llegue a Europa.

Sethén miró inquisitivamente a su hijo.

— ¿Te ha dicho algo de…, él?

Atak comprendió perfectamente el sentido de la pregunta del anciano; además, por si hubiese tenido la menor duda, la codiciosa mirada de su padre le sacó definitivamente de ella.

— Me ha dicho que es uno de los terrícolas más poderosos.

El rostro del otro se iluminó.

— ¡Maravillosa Kara! ¡Ya sabia yo que sabría alegrar la oscura vejez de su buen padre!

Atak sonrió, con cierta dificultad, ya que más que nada, era una mueca la que había contraído su rostro.

— El futuro esposo de Kara —dijo— es un ladrón.

Las cejas de Sethén se arquearon, como dos acentos circunflejos.

— ¿Cómo lo sabes?

— ¿Oíste la radio, padre?

— Sí.

— El hombre que viene con tu hija es Dick Wurtzel, el hombre que

robó el platino de la Base de la Federación.

— ¿Y eso es ser ladrón? ¿No lo fueron más los que se cansaron de prometer a tu viejo padre mil cosas que luego no cumplieron? ¡Serás el jefe supremo del Sector Joviano, me dijeron! ¡Te construiremos un palacio, en Adma, la capital de Júpiter! ¡Tú has sido el único que nos has guiado por los mundos exteriores, demostrándonos tu valor y tu pericia! ¡Bah! ¡Asquerosa manada de puercos!

— Los federales del espacio buscan a ese hombre, padre.

—¿Y qué? Cuando no le cogieron aún, es que posee medios poderosos que ellos temen. ¡Alabo a mi hija, que ha sabido escoger a un hombre como a los que a mí me gustan!

Sonrió plenamente satisfecho.

— Además, ¿sabes tú, infeliz, lo que significan trescientos kilos de platino?

— Radiactivo...

— ¿Y qué? El más ignorante sabe que la radiactividad no dura, en esa clase de sustancia, más de unos treinta días terrestres. ¡Seré el más poderoso de los jovianos! Y demostraré a los sucios terrícolas qué clase de hombre es Sethén...

Luego, bruscamente preocupado, miró fijamente a su hijo.

— ¿Sabes si Kara ha hablado a su futuro esposo del contrato?

— No lo sé.

— Después de todo, no importa. Se lo diremos cuando llegue aquí. Sabrá en seguida que ha de dar la mitad de su fortuna al padre de la que va a ser su mujer. Es una ley joviana que nadie se atrevería a infringir.

— Padre...

— ¿Qué quieres?

— Necesitamos fondos.

— ¿Quién los necesita?

— Nosotros. Estamos al habla con ese terrícola de Saturno: Alex

Palmer. Nos ha prometido armas para provocar la rebelión del Sector Joviano. Creo que con un par de millones de «Cosmos»…

El rostro de Sethén enrojeció bruscamente.

— ¿Cómo? ¿Te atreves a pedir una suma semejante a tu padre? ¿Que hiciste por el cuando la miseria llamó a la puerta de su casa? ¿Te acordaste de él? ¡Fuera de aquí, perro! ¡Fuera!

El joven se alejó hacia su cornúpeta cabalgadura. Luego, al montarse en ella, de un salto, se volvió hacia el anciano, y con el puño derecho levantado, amenazó:

— ¡No te saldrás con la tuya, viejo sarnoso! ¡Ya explicaré yo al extranjero el significado de tu tramposo contrato!

Y se alejó, mientras el viejo echaba espuma por la boca, con una rabia incontenible.

Entretanto, Atak corría velozmente hacia el poblado donde había instalado el Estado Mayor de la rebelión. Los hombres de la Tierra habían encontrado en Júpiter los yacimientos de uranio más abundantes de todo el Sistema y del planeta gigante salía la materia prima, el combustible que movía máquinas y naves en todo el espacio, que iba desde Mercurio al lejano Plutón.

Se detuvo en el pueblo, viéndose inmediatamente rodeado por el grupo de jóvenes que formaban su Estado Mayor.

— ¿Qué ha pasado, Atak?

— ¿Ha accedido?

— ¿Nos dará el dinero?

Atak movió negativamente la cabeza; luego, cortando con un gesto, la exclamación de protesta que empezaba a brotar de los labios de los otros, gritó ferozmente:

— ¡Hay que apoderarse de la astronave de mi hermana y del tesoro que lleva en ella el extranjero!

Un rugido de aprobación surgió de todas las gargantas.

CAPÍTULO 6

¡Nos han dejado a oscuras! —tuvo la audacia de bromear Jenkins.

Doc gruñó algo ininteligible y encendió una linterna. Las miradas de los otros buscaron sus rostros.

— ¿Qué ha pasado? —inquirió, haciendo un gesto al piloto.

— Lo ignoro, señor. La pila ha dejado de funcionar, así como todo el mecanismo electrónico de la nave.

— ¿La pila? ¿Qué tiene que ver con la electricidad?

— El cebador, señor; es una especie de máquina que va lanzando una lluvia de electrones para poner en marcha los neutrones que desintegran lentamente el uranio.

— Comprendo, nos hemos detenido. ¿No es eso?

— No, señor. La astronave sigue avanzando, a la misma velocidad de Siempre. SOLO QUE AHORA NOS ES IMPOSIBLE DIRIGIRLA.

— ¡Caramba! —no pudo por menos de exclamar Müller.

— Naturalmente, habrá sido ese hombre, ¿verdad?

— Seguro, señor, ninguna otra cosa podía haber producido semejante avería. Ha debido bombardearnos con algún mecanismo especial de características desconocidas.

Hubo una larga pausa.

— ¿Qué se puede hacer ahora? —inquirió Doc, que seguía con la linterna encendida, haciendo posible que se viesen los rostros.

— Nada; al menos por el momento, señor. Si la avería es definitiva..., estaremos irremisiblemente perdidos. Dentro de una media hora estaremos ya en la zona de atracción de Júpiter. Y ese coloso no gasta bromas: nos arrastrará hacia su superficie, donde nos haremos pedazos.

— ¡Buena perspectiva! —ironizó Jenkins.

Doc no dijo nada.

No era que le preocupase tremendamente el estrellarse contra Júpiter. La vida de un agente federal espacial no era, precisamente, un seguro de vejez, y muchos eran los que caían cotidianamente en la lucha contra la nueva criminalidad que había surgido por doquier, no sólo entre los aventureros de la Tierra, que veían engrandecido su campo de acción, sino en las razas inteligentes que se habían encontrado en los otros mundos.

Lo que ponía a Doc fuera de sí, era el fracaso de una labor que su jefe, Ben Copler, le había confiado en prueba de la confianza que en el tenía.

Y ahora, cuando todo había parecido resuelto, cuando la distancia entre la Ley y aquel sinvergüenza de Wurtzel no era mayor de dos millas, el bandido se había esfumado y la nave policial se precipitaba ciegamente hacia un estúpido e improductivo fin.

— ¿Podemos comunicarnos con alguien?

— No, señor; La misma causa que ha alterado el funcionamiento de los mecanismos electrónicos, ha averiado la radio, la televisión y el radar de a bordo. Nos han dejado ciegos y sordos, en una palabra, además de paralíticos.

— Lo que no comprendo —apuntó Müller—, es la doble personalidad de ese tipo. Por un lado, demuestra una ignorancia patente al apoderarse de un objeto cargado de una radiactividad mortífera; por el otro, el día del robo y hace unos instantes, se manifiesta como hombre versado en cosas que le llevan a paralizar una astronave o a hacer inútiles a una multitud de robots—guardianes.

— Debe de poseer algo de primordial importancia; un aparato que, si hubiésemos conseguido atraparle, hubiese podido ser más interesante, para la Federación, que el mismo platino.

— Poco interesa todo eso ahora —dijo el piloto—. Para nosotros, la persecución ha terminado..., para siempre.

— ¿Por qué no revisamos los controles electrónicos? —inquirió Müller, con una luz de esperanza en los ojos.

El otro se encogió de hombros.

— Sería completamente inútil —repuso el piloto—. Hay un mecanismo de emergencia, que suele ponerse en marcha, cuando se desencadenan pequeñas averías que atañen a regiones parciales de la

red, pero ésta ha debido de ser tan importante, que ha alterado la totalidad del sistema.

— No nos preocupemos demasiado por lo que ya no tiene arreglo — resumió Doc, con estoicismo.

Y guardaron silencio.

Durante un tiempo, que les pareció eterno, la oscuridad les envolvió por completo —Doc habla apagado la linterna—; luego, más tarde y de una manera brusca, la gigantesca masa de Júpiter, brillante y plateada, surgió ante ellos, agrandándose velozmente, hasta ocupar todo el horizonte visible.

— Como tumba, al menos —dijo Müller, rompiendo el silencio—, es magnífico.

— Pero no lo será como final, señor... —musitó con la voz truncada por la emoción, el copiloto.

— ¿Cuánto tiempo tardaremos en caer?

— Poco más de una hora.

— Una larga agonía...

— Sí, señor.

Guardaron nuevamente silencio.

A pesar de la tremenda velocidad que llevaba la astronave, parecían como suspendidos en el espacio, eternamente inmóviles, ya que la masa tremenda del planeta no parecía ofrecer la más pequeña modificación respecto a su tamaño.

El copiloto señaló una sombra, sobre el gigante.

— Ese es Europa, o la sombra de Europa.

Doc sonrió tristemente; luego, volviéndose hacia su amigo, preguntó:

— ¿No nos dijo Kimball que esa Kara era de ahí?

— Sí.

— Es curioso.

Todos se volvieron hacia él, extrañados del tono irónico de su voz, tan en poca consonancia con la gravedad de los momentos que estaban atravesando en aquellos momentos.

— ¿Qué quieres decir? —inquirió Müller.

— Que es curioso el estar aquí, caminando verticalmente hacia la muerte, cuando nuestros enemigos no deben de andar lejos de aquí. También es curiosa la muerte en sí, en medio del espacio. Es algo que le llena a uno el alma de una sensación de infinita soledad, de desamparo cósmico. No creo que haya nadie que pueda concebir hasta dónde le parece al hombre estar solo como aquí…

Müller torció el gesto.

Nunca, hasta entonces, había oído filosofar a su jefe, y el que lo hiciera, demostraba que estaba plenamente convencido de que él, Müller, no podría jamás reprochárselo.

Ahora sí que la masa aparente del planeta parecía haberse agrandado, y Jenkins lo hizo obsenvar a los otros.

— Es natural —dijo el piloto—. Hemos debido de avanzar cerca de medio millón de kilómetros.

— ¿A qué velocidad debemos de movernos en estos momentos?

— No lo quiero saber, pero hemos debido de dejar muy atrás el muro térmico. Si la densidad de la atmósfera de Júpiter fuese solamente la milésima de la Tierra, nos convertiríamos en una pavesa en cuanto llegásemos a ella.

Una brusca iluminación les hizo quedarse boquiabiertos.

Todas las lámparas e instrumentos de la astronave se habían iluminado, volviéndose a apagar al instante.

— ¿Eh?

— ¡Se han encendido las luces!

— ¡Funcionan!

Se pusieron en pie, encendiendo las linternas y corriendo de un lado para otro.

Fue el copiloto quien lanzó la descorazonadora expresión:

— Ha debido de ser una ilusión. ¡Estábamos empezando a perder los estribos!

Doc, sin poderse contener, se abalanzó sobre él, cogiéndole fuertemente por las solapas.

— ¡Imbécil! Tú puedes estar medio idiota de miedo, pero lo que no te consiento es que digas que no se han encendido las luces.

— Perdone, señor... Yo... —balbució el otro.

No dijo más, porque sus ojos se agrandaron, duplicando su natural diámetro, al ver que las luces volvían a encenderse, esta vez definitivamente.

— ¡Rápido, a los controles! —gritó su compañero.

Trabajaron febrilmente. Un zumbido recorrió la astronave, en todas direcciones cuando las corrientes electrónicas volvieron a ocupar la totalidad de la red. Momentos más tarde, y mientras los dos policías fumaban ávidamente unos cigarrillos, la primera explosión en las toberas, anunciaba el funcionamiento del motor atómico.

— ¡Viva! —gritó Müller, sin poderse contener.

Pero el piloto, después de un rato de maniobras, se volvió hacia Doc.

— Señor, íbamos demasiado aprisa para poder dominar totalmente la nave. He logrado, no obstante, desviar su trayectoria, venciendo la fuerza de atracción de Júpiter. Sin embargo, no he podido evitar que un astro, que aparece en el radar, nos atraiga definitivamente hacia él.

— ¿Vamos a estrellarnos de todas maneras? —suspiró Müller.

— No. Podremos, en última estancia, crear una órbita y aterrizar en ese astro. Así, al menos, podremos salir de él, dueños en absoluto del gobierno de la nave.

— Hágalo —dijo Doc—. No importa, después de la suerte que hemos tenido, demorar un poco la persecución.

— ¿Piensa exponerse nuevamente a ese aparato que posee y con el que nos paralizó, señor?

— No. Pienso seguir la persecución, pero sin jamás cometer el error de acercarme a la astronave de ese granuja. Su procedimiento, por lo que acabamos de comprobar, paraliza temporalmente la electrónica de la

nave...

— Por fortuna —dijo el piloto—, estábamos muy lejos de Júpiter; si nos llega a paralizar un poco más tarde, cuando se hubiese recuperado la electrónica, hubiera sido demasiado tarde.

— Ya lo sé, pero también sabemos que ese aparato que Dick posee no hace nada a los seres vivos. En eso confío; porque no podrá escaparse cuando estemos sobre tierra firme, cara a cara...

Hubo una larga pausa.

Después, con el rostro casi pegado al radar, el copiloto comunicó a su compañero la proximidad del astro hacia el que se acercaban, irresistiblemente atraídos.

— Doce mil millas...

— Bien.

Un silencio.

— Seis mil millas.

— De acuerdo.

Una nueva pausa.

— Dos mil millas.

— ¡Ahora!

Se oyó un zumbido y la nave pareció recibir un golpe lateral, como si hubiese chocado contra un escollo invisible.

— ¿Qué es eso? —inquirió Müller.

— Hemos salido de la trayectoria que traíamos y hemos entrado en la órbita. No nos resta más que ir disminuyendo la velocidad para terminar planeando sobre el astro.

— ¡Tengo unas ganas de estirar las piernas sobre terreno firme...!

Doc sonrió.

— Es posible que tengamos la suerte de caer en un satélite dotado da todas las comodidades. ¡Ahora que recuerdo! ¿Ha vuelto a funcionar

la radio?

El piloto movió la cabeza.

— No. Si funcionase, se hubiese encendido aquella luz, señor; pero no se preocupe; la arreglaré en cuanto hayamos aterrizado.

— Perfectamente.

Se habían reunido todos junto al «iso—plex» transparente de la cabina, mirando curiosamente aquel mundo al que daban vueltas y vueltas, acercándose cada vez más.

Mientras, el piloto realizaba rápidos cálculos, utilizando el pequeño cerebro electrónico de que estaba dotada la nave.

— ¡Ya lo tengo! —exclamó.

— ¿Qué?

— ¡Ya se cuáles el astro hacia el que nos dirigimos!

— ¿Puede saberse su nombre?

— «Io», un satélite de Júpiter, el que lleva el número I de todos los que tiene.

— ¿Está habitado?

— Lo desconozco, señor. Es la primera vez que mi compañero y yo venimos por aquí. Hicimos algunas patrullas hasta Urano, cuando nos incorporamos a las «Space Forces»; pero jamás penetramos en el Sector Júpiter.

— Parece grande ese mundo...

— Lo es, dentro de ciertas medidas, señor. Lo que pasa es que ya estamos muy cerca y parece mayor. Tiene consultó las tablas que tenía delante— 3.500 kilómetros de diámetro...

— ¿Como Europa?

— Exactamente, señor. Además, está a 420.000 kilómetros de Júpiter. No hay más que «Amaltea», el número V, que está más cerca del planeta.

La espiral que la astronave describía alrededor del minúsculo satélite

se fue cerrando hasta que, después de atravesar un mar vaporoso, de nubes densas, penetraron decididamente en la atmósfera del astro.

El mecanismo automático del radar precisó, un poco después, un lugar propicio para el aterrizaje donde, finalmente se posó el astrocohete.

Se asomaron a través de la pared de plástico trasparente.

— ¡Qué vegetación!

Era, en efecto, algo lujuriante hasta donde esta palabra excede en todo lo concebible en la Tierra. Las plantas, de mil clases distintas, se entrelazaban de tal modo, que formaban un verdadero muro de verdura, abierto en algunas partes, por una especie de túneles de más de veinte metros de altura en sus oscuras entradas.

La luz de Júpiter, que flotaba en el espacio como algo tremendamente grande y que parecía ir a descolgar, de un momento a otro, aplastándolos sin remedio, les iluminaba.

Era como si un hombre estuviese sobre una pobre balsa, mirando a un cielo en el que flotase una luna que ocupase el firmamento por completo.

— ¡Es imponente! —exclamó Doc, sinceramente impresionado por la grandiosidad del espectáculo.

— Yo, con tu permiso, jefe, voy a salir.

— Tendrá que ponerse el espaciotraje, señor – recomendó el copiloto —. Los datos atmosféricos que estoy recogiendo son indicios de una riqueza excesiva en metano.

— De acuerdo. Me pondré toda clase de cosas, pero nadie me impedirá que sienta bajo mis pies la acariciadora sensación de algo, que si bien flota en el espacio, no es ninguna dichosa astronave…

— Yo le acompañaré —dijo el copiloto—. Me agradaría estirar un poco las piernas.

— Puede usted acompañarle, John —autorizó el piloto—. El señor French y yo saldremos cuando ustedes hayan vuelto. Vayan armados, por favor. Ahí en la armería encontrarán pistolas tetanizantes y rifles térmicos.

Müller se colgó el rifle, después de haberse puesto el espaciotraje.

Antes de pasar a la cámara intermedia, se colocó, imitando al piloto, la escafandra.

El suelo, según pudo percatarse al posar los pies en el, era blanco, como si una gruesa capa de musgo lo cubriese; pero, a pesar de aquella blandura, la marcha no era difícil, ya que la fuerza gravitatoria de «Io» era relativamente pequeña.

Las plantas les llamaron muchísimo la atención, permaneciendo largo tiempo contemplándolas.

Entretanto, el piloto, ayudado por Doc, repasaba el circuito del potente transmisor—receptor de radio. Media hora más tarde, habían logrado ponerlo en marcha.

— No sé —dijo el piloto— si conseguiremos coger desde aquí estaciones emisoras lejanas, ya que estamos rodeados de verdaderos muros de vegetación; pero en cuanto hayamos despegado, podremos comunicarnos con quien usted desee.

— Gracias, amigo. Lo más urgente es enviar un informe clave a la Tierra y unas instrucciones, igualmente secretas, a la Policía Federal de Saturno. Deseo que se corte el paso a ese loco. Pero tendremos que prevenir que le dejen aterrizar, no exponiéndose a lo que hemos pasado nosotros.

— Fue un momento que no desearía al peor enemigo, Señor.

— ¡Hay que olvidarlo!

Fue en aquel momento cuando uno de los mandos automáticos vibró y la voz de un locutor, que hablaba en una lengua desconocida para el piloto, empezó a sonar.

El astronauta hizo un gesto, adelantando la mano para cerrar; pero Doc se lo impidió:

— ¡Deje, por favor!

La voz del locutor le fascinaba, así como lo que iba diciendo, y que expresaba en la lengua general joviana, que French había estudiado en la Tierra,

— «¡Señores! El espectáculo es verdaderamente esplendoroso. Desde hacía muchísimo tiempo, desde que nuestro gran Sethén, hace muchos años, se prestó voluntario para conquistar, en ayuda de los hombres

de la Federación, los planetas exteriores, no se había vuelto a ver la alegría que reina hoy en Europa…

»Nuestro pequeño satélite esta de fiesta. La hija del gran Sethén está contrayendo matrimonio con un prohombre, recién llegado de la Tierra; un hombre poderoso como no se puede imaginar y que colmará a Europa de todo lo que, para nuestra desgracia, nos ha faltado hasta ahora.

»El Gran Sacerdote ha impuesto al esposo el nuevo nombre joviano: se llamará «Sutak», que, como todos vosotros sabéis, significa «el muy poderoso y brillante poseedor de infinitos tesoros»…

»Todo Europa aplaude, en este momento, a nuestra bellísima Kara, la afortunada esposa que, del brazo de Sutak, se dirige a las escalinatas del templo…

Doc cerró el aparato.

— ¡Ya te tengo, amigo! ¡Ahora no te escaparás!

CAPÍTULO 7

CUANDO la diminuta astronave se posó en el espaciómetro de Europa, Kara lanzó un suspiro de satisfacción, al tiempo que exclamaba:

— ¡En casa de nuevo!

Dick estaba demasiado ocupado en contemplar los edificios vecinos al espaciódromo para haber oído la espontánea exclamación de la joven. Ella, después de apagar los motores, pensó en haber aprovechado bien la ocasión para enviar un mensaie a los suyos, mientras Wurtzel combatía contra la astronave policial.

Momentos más tarde, y mientras se disponían a descender, Dick vio un grupo de hombres que avanzaban ceremoniosamente hacia el aparato.

— ¿Quienes son, querida? —inquirió.

— Los dignatarios. ¡El alto es mi padre, Dick!

Le bastó al hombre una mirada a aquel rostro envejecido, pero con dos ojos que brillaban de avaricia, para explicarse, sin saberlo, todo lo que iba a pasarle en aquel dichoso satélite.

Había escapado de las garras de los federales del espacio, pero le parecía haber caído en una trampa muchísimo más complicada de lo que le pareció al principio.

Aprovechando la distracción de Kara, pasó a la cámara posterior y abrió la mochila, limitándose a extraer el «anti—g». Estaba completamente seguro que, debido a su reducido tamaño, nadie podría levantar aquel lingote, aunque fuese media docena de hombres, ya que no podrían agarrarlo al tiempo.

— ¡Dick!

— Voy, encanto.

Descendió de la mano de ella, y mirándola de reojo, notó la satisfacción que la dominaba, como si acabase de realizar una proeza extraordinaria.

«Son todas iguales —pensó, mientras sonreía hipócritamente—; de la Tierra, Júpiter o Plutón, sólo se consideran satisfechas cuando han echado mano a un hombre que les conviene...»

El padre de la muchacha se inclinó profundamente ante Dick, llevándose luego las manos a la frente.

— Europa te recibe cariñosamente, hijo mío...

Un vehículo de tipo bastante anticuado, los llevó a la casa de Sethén, en la que Wurtzel notó una limpieza hecha rápidamente, de última hora.

No dudaba ya que ella, Kara, debía de haberles avisado de su «captura», cosa que demostraba inequívocamente los apresurados preparativos de aquella gente.

— ¡No sabes la alegría que has traído a este pobre viejo, hijo mío! Aquí no debes temer nada, ya que este satélite goza de derechos de inviolabilidad, desde que me concedieron la Medalla de Oro de la Federación.

— No temo nada —dijo Dick.

Pero, en su interior, pensó que aquel hombre debía de vivir positivamente atrasado, ya que el F.B.I.S. había suprimido desde hacía muchísimo tiempo todos los derechos, incluso los diplomáticos, que sirviesen de asilo a los criminales que faltasen a las leyes de la Federación.

— No debes temer nada...

Y después de unos momentos de duda, preguntó:

— ¿Dónde tienes... eso?

— ¿Eso?

— No hace falta que me ocultes nada, Dick. Vamos a ser de la familia y disfrutaremos todos de tus poderosos bienes. Me refiero, naturalmente, al platino.

— Lo he dejado en la astronave.

— ¿Allí? ¡voy a mandar una guardia inmediatamente!

— No es necesario. Nadie puede tocarlo. Se quemarían.

— Es verdad. Había olvidado lo de la radiactividad.

Wurtzel se dio cuenta en seguida de que la mente de aquel pobre hombre flaqueaba ya, puesto que pasaba de un tema a otro, desorientado completamente en todos ellos.

Sin dejar de contestar educadamente a todas las preguntas que el viejo le hacia, Dick orientó hábilmente su conversación hacia el lugar que le interesaba.

— Kara me dijo que poseías una velocísima «Aigle».

— Es verdad. No la he usado más de dos veces en toda mi vida. Me dio lástima hacerlo. ¿Es que vas a comprármela? Te advierto que te costaría muy cara.

— No importa el precio; puedo pagar. ¿Dónde la tienes?

— Ven.

Le mostró una especie de hangar secreto, disimulado detrás de la casa. Dick se quedó admirado al ver aquella maravilla, de las que había visto una pareja en toda su vida.

Los mandos eran automáticos y conectados, por medio de un robot maravilloso, a un conjunto de cartas cósmicas del Sistema, de modo que cualquier persona podía dirigirse, con sólo oprimir unos botones, al sitio que deseaba.

— Es una verdadera preciosidad —manifestó, sinceramente, Wurtzel.

— Ya nos entenderemos, hijo mío; no te preocupes.

Y volvieron a la casa.

Kara los estaba buscando y manifestó su alegría al verlos del brazo, compartiendo amistosamente.

— Así me gusta —dijo.

Y dirigiéndose a Dick, preguntó:

— ¿Sabes, querido, que ya están preparando la ceremonia?

— Bien, amor mío.

La hubiese estrangulado en aquel preciso instante —¡la muy pécora! —; pero se resistió, limitándose a sonreír, como si fuese el ser más feliz del mundo.

Poco después, la caravana se formó, con un grupo de coches anticuados, pero artísticamente engalanados, y la pareja en el primero, llegó a una especie de templo, medio en ruinas, donde se desarrolló la ceremonia.

Le habían hablado del «contrato» —una especie de robo organizado a favor del padre político—, pero Dick pareció aceptarlo todo, firmando cuantos documentos le pusieron al alcance de la mano.

Porque también sabia que, inmediatamente después de la ceremonia, todo el mundo se alejaba, quedando en la casa los recién casados junto al padre de ella para que el marido diese, simbólicamente, un abrazo que significaba compartir su riqueza con su suegro.

La verdad fue que Wurtzel se divirtió de lo lindo.

Después, cuando estuvieron solos con Sethén, se dispuso a llevar a cabo su audaz plan.

Kara era mucho más fuerte que su padre y a ella dedicó Dick primeramente su «cariño».

Un puñetazo formidable la envió al mundo de los sueños. Y cuando Sethén, horrorizado, intentó gritar, recibió otro golpe, quizá más fuerte que el destinado a Kara, que lo dejó sin sentido, como si acabara de ser fulminado por un rayo.

Sin perder un segundo, Dick salió de la casa, atravesando las calles desiertas del poblado, hasta llegar adonde había dejado la astronave en la que llegó con Kara.

Pero una desagradable sorpresa le esperaba allí.

Atak, el hijo del jefe, junto con la banda de sus locos amigos, intentaba sacar el platino de la astronave. Todos los esfuerzos eran inútiles, ya que el diminuto tamaño del lingote limitaba extraordinariamente el sitio por donde podía ser cogido.

Una rabia ciega se apoderó de Wurtzel.

Había cogido un fusil térmico de la panoplia del viejo Sethén, y no dudó en echárselo a la cara y disparar contra aquella masa humana que rodeaba frenéticamente al lingote del metal precioso.

Cayeron en racimos, destrozados por el calor formidable de los proyectiles.

Dick colocó el «anti—g» sobre la funda de plomo que aquellos locos hablan quitado y volvió a encerrarlo todo en la mochila de plástico.

Silencioso, como algo potente y preciso, el «Aigle» salió disparado hacia el cielo, desapareciendo de Europa y dejando en su pos una larga línea de fuego que brotaba de sus aerodinámicas y elegantes toberas.

* * *

— ¿Por qué no entramos por uno de esos túneles de verdura?

El copiloto miró, con cierto asombro, a Müller.

— ¿Cree usted que sería prudente?

Jenkins golpeó significativamente la culata de su rifle térmico.

— Con esto, amigo, en las manos —dijo sonriendo—, no hay que temer nada. Además, no nos adentraremos mucho: lo preciso para damos cuenta de esta cosa curiosa. Porque, realmente, parece que estos pasadizos hayan sido hechos adrede.

— ¿Cree usted? —repitió el otro, con un tono de inseguridad en la voz.

— A mí me parecen cosas simplemente casuales, naturales.

— Vamos a verlo. Volveremos en seguida, antes que se alarman los otros.

Müller echó a andar, viéndose precisado a encender, casi en seguida, la linterna que llevaba colgando del cinto.

Las paredes, si así podían llamarse, de aquel túnel, estaban formadas por una espesa red de vegetación, por la que no se veía el menor trasluz; de ahí la profunda oscuridad que reinaba en el interior.

El copiloto marchaba bastante retrasado, detrás del joven, empuñando su lámpara y mirando, con los ojos muy abiertos, todos los detalles de su alrededor.

— ¿No te parece prudente que regresemos? —inquirió, una de las veces, adelantándose hasta tocar en el hombro al otro.

— Espere, por favor. ¿No oye usted nada?

El otro estaba demasiado nervioso para prestar atención.

— ¡Volvamos, señor Müller!

— Un momento. Escuche...

No tuvo tiempo de decir más.

l Dos pares de ojos verdosos surgieron bruscamente de la oscuridad, al tiempo que una especie de bufido lanzaba sobre ellos un hálito caliente y de olor desagradable.

El copiloto corría ya como un loco.

También retrocedió Müller, pero empuñando el rifle térmico y con los ojos fijos en aquéllos que debían verle como en plena claridad diurna. Un animal que viviese en aquella oscuridad debía de ser, forzosamente, nictálope.

Siguió retrocediendo.

Apenas llegaba a la salida del túnel cuando un rugido horroroso le envolvió, avisándole de que el animal o los animales se lanzaban a la lucha.

Disparó a ciegas, corriendo hacia la salida, a la que llegó con la lengua fuera, precipitándose como una exhalación hacia la astronave.

Desde la puerta, el piloto y Doc hacían fuego con sus armas y Müller pudo llegar a la rampa con toda tranquilidad.

— ¡Aprisa! ¡Dentro! ¡Llegan más!

Se cerró la compuerta, pero no por eso dejó de sufrir la astronave una especie de empellón que la hizo moverse y estremecerse sobre su tren de aterrizaje.

El piloto se precipitó a los mandos.

Mientras, los ojos observaban a través del plástico a los extraños animales de aquel satélite, que rodeaban ferozmente la astronave, tomándola con toda seguridad por una presa apetecible.

Vistos a la luz del día, aparecía por entero su monstruosidad y fue Müller el primero en percatarse de la duplicidad de sus testas.

— ¡Tienen dos cabezas! —gritó.

En efecto, todos ellos tenían un solo cuello que, en un determinado momento, se bifurcaba, terminando en dos cabezas, ambas dotadas de bocas con puntiagudos colmillos.

Los motores de la astronave empezaron ya a rugir.

Fue entonces, cuando el piloto intentó ponerla en marcha, cuando algo patinó, haciendo inútiles los esfuerzos de la máquina.

— ¡No puedo despegar, señor French!

— ¡Espere! ¡Voy a echar una ojeada!

Desde el visor de popa no logró ver nada, como tampoco desde los ojos de buey que había a lo largo de los flancos del cohete. Entonces, dispuesto a salir de aquella situación, que estaba inclinándose hacia lo desagradable, abrió una de las compuertas de emergencia, situadas en la parte alta de la nave y salió, armado de un rifle térmico.

Desde lo alto del cohete pudo darse cuenta, inmediatamente, de la clase de peligro que se estaba cerniendo sobre ellos.

De la espalda espinosa de los animales estaban descendiendo otros más pequeños, completamente distintos: una especie de pulpos grisáceos, con más de una docena de pies cada uno, PERO QUE NO ERAN CRIATURAS DISTINTAS A LOS OTROS, SINO ORGANOS DE ELLOS, partes del cuerpo de los monstruos, que fijaban sus múltiples patas, dotadas de ventosa, sobre la superficie de la astronave, anclándola fuertemente e impidiendo que el aparato despegase.

Desesperadamente, Doc empezó a disparar como un loco contra aquellos pulpos. Y como demostración de que no eran animales aislados, sino partes de los otros, oyó el rugido de los monstruos cada vez que acertaba a abrasar uno de los pulpos.

Disparó sin cesar, hasta liberar casi por completo el cohete. Después, descendió al interior y ordenó al piloto que lo pusiese en marcha.

Y lo lograron.

Pero, cuando ya se alejaban de «Io», Müller lanzó un grito, llamando la atención de todos, que acudieron apresuradamente a su lado.

— ¡Mirad!

¡Uno de los monstruos les habla seguido, adherido por media docena de pulpos al casco de la nave que, debido al colosal peso que arrastraba, escoraba fuertemente de babor!

— ¿Qué hacemos? —inquirió Müller, sinceramente asustado.

— No se preocupe —dijo el piloto—. Ese animal no vivirá mucho tiempo. Fíjense en que ya empieza a soltarse. El frío de los espacios estelares lo matará.

Así ocurrió y poco después, el animal se despegaba totalmente de la astronave.

Müller, que esperaba que se alejase, manifestó con sorpresa.

— ¡Continúa siguiéndonos —exclamó.

— Es natural —dijo el piloto—. Nuestra fuerza de atracción lo arrastrará, hasta que una mayor cuando aterricemos en Europa, lo separe de nosotros, precipitándolo contra el nuevo satélite en el que se

estrellará.

— ¡Qué lástima! En cualquier museo de la Tierra nos hubiesen dado una fortuna por un bicho así.

Doc sonrió y volviéndose hacia su ayudante dijo:

— No debiste hacerte policía, Jenkins.

—¿Por qué?

— Porque tienes alma de comerciante...

Todos rieron.

En realidad, después de los momentos que acababan de pasar, necesitaban un poco de broma. Por otra parte, Doc, que había comunicado al piloto las noticias captadas en la radio, las repitió para los otros dos.

— ¡Ahora no se nos escapará! —exclamó.

—Ya nos ha hecho correr bastante ese granuja.

— Pero se le terminó la suerte. Seguro que pensó ocultarse en Europa y, si no hubiese sido por la emisión, en la que no se le nombró, pero en la que le identifique por esa muchacha llamada Kara, hubiésemos estado años sin hallarle.

— Lo que no comprando es cómo no ha enfermado... ¡Lleva muchos días en la maléfica compañía del platino radiactivo!

— Tampoco puedo contestarte a esa pregunta, Müller. Aunque pienso que hay naturalezas más fuertes que otras para resistir esa clase de peligros. De todas formas, Wurtzel no podrá salvarse de la muerte por el efecto de las radiaciones del platino. Más tarde o más temprano, empezará a sentir los síntomas.

— ¿Cuáles son?

— Cansancio. Se empieza por una fatiga, que va incrementándose por momentos. Luego aparecen los vómitos, la angustia y fuertes dolores de cabeza. Finalmente, según he oído, aparecen las lesiones cutáneas; es decir, las quemaduras en las manos, en los brazos y piernas. A partir de ese momento el individuo puede considerarse definitivamente perdido. Los rayos gamma han penetrado en el interior de su organismo y Io minan velozmente, causándole disturbios

cada vez más intensos, que acaban con la muerte.

— ¡Qué estúpido ha sido! Bien puede decirse, en este caso mejor que en otros, que «la ambición rompe el saco».

— Así es. Si se hubiese dedicado a otras cosas, en vez de dejarse llevar por el ansia de una riqueza ilícita, no se hubiese condenado, por sí mismo, a la más horrenda de las muertes.

CAPÍTULO 8

LE sorprendió agradablemente la ciudad, como algo que no imaginase encontrar tan lejos de la Tierra.

Turma era, en efecto, algo semejante a la Nueva York de finales del siglo XX: una masa enorme de cemento y aluminio, cuyas altas cúpulas se elevaban graciosa y atrevidemente hasta el cielo.

Y era precisamente aquel cielo el que despertó la admiración de Dick, que jamás había contemplado algo semejante.

El anillo de Saturno, como un colosal arco iris, dominaba la casi totalidad del espacio visible, llenando de colores insólitos la atmósfera y dando brillos inesperados a las cosas. Wurtzel, poco sensible corrientemente a la belleza, como todo hombre de estrechos puntos de mira, no pudo evitar la emoción que le causó aquel maravilloso espectáculo que era, dentro del Sistema, el centro de atracción de todos los turistas de los planetas.

Pero nada más pensar en la ciudad, en el vehículo que le llevaba desde el espaciódromo, lo olvidó todo para volver a su vida concreta, a sus intereses, al deseo, cada vez más intenso, de deshacerse del platino y poder organizar su vida tal y como lo había soñado desde que salió de la Penitenciaría marciana.

Después de todo, tenía que admitir que el metal no le había proporcionado hasta aquel instante más que disgustos y sinsabores. De no haber sido por el dinero que robó de la casa del profesor Ferrel, después de asesinarlo, no hubiese podido pagar los caros pasajes que le habían alejado de la Tierra.

Le había hablado Kimball de un local, llamado «Le Perroquet», que pertenecía a Palmer y donde, con un poco de suerte, podía encontrarlo.

El vehículo se detuvo ante uno de los rascacielos, en una avenida amplísima, por la que discurría un verdadero río de autobuses y coches de los más recientes modelos.

Un portero uniformado, de raza «exterior», perteneciente, sin duda alguna, a Urano o Neptuno, le indicó una puerta, al fondo de la sala, donde unas mujeres realizaban la limpieza, ayudadas por «robots» minúsculos.

La puerta se abrió, antes de que Dick llamase, movida por una célula fotoeléctrica y un amplio despacho apareció ante el recién llegado. Detrás de la imponente mesa, repleta de papeles, un hombre delgado y de tono cobrizo, levantó los ojos para mirarle fijamente.

— Pase.

Y cuando hubo estrechado su mano, invitó:

— Tome asiento.

— Me llamo Dick Wurtzel —dijo el recién llegado, después de encender el cigarrillo que el otro le ofrecía.

— Me lo imaginaba. Yo soy Alex Palmer.

— También me lo imaginaba. ¿Le habló Kimball del asunto?

— Sí. ¿Dónde lo tiene?

— Al venir me detuve en uno de los satélites desiertos y lo oculte. He tenido serias dificultades con los del F. B. I. S. hace poco.

— También lo sé.

— Está usted bien informado.

— Es mi tarea. Si no lo estuviese, no podría defenderme contra los incontables peligros que amenazan mi organización.

— ¿Le interesa el asunto?

— En principio, si.

Dick deseó aclarar las cosas inmediatamente.

— ¿Sabe usted que el platino es radiactivo?

— Sí; pero eso no tiene importancia. Dentro de quince días, aproximadamente, desaparecerá la radiactividad.

Dick sonrió. Las cosas no podían ir por mejor camino.

— Me alegro de que vea el asunto de esa manera. ¿Sabe cuánto quiero?

— Eso lo ignoro. Pero sé cuánto voy a darle por el metal.

— La curiosidad me quema.

— Cien millones de «cosmos».

Wurtzel emitió un silbido.

— ¡No está del todo mal, aunque esperaba sacar más! ¿Cuándo quiere que se lo entregue?

— Existe una condición previa; creo que los intelectuales lo llaman condición «sine qua non». ¿Comprende?

— ¿Qué quiere decir?

— Que, si no se cumple, no habrá nada que hacer.

— Le escucho.

El rostro del otro se iluminó y con un tono animado en la voz:

— ¡Tenía ganas de conocerle, Dick; se lo aseguro! Lo del platino me interesó en seguida, francamente. Pero, ¿para que no decir las cosas claras? no sabía cómo pagar una cosa tan valiosa. Por eso, desde que Kimball me habló del asunto, no dejé de pensar en ello, teniendo la plena seguridad de que usted llegaría hasta aquí, ya que es un hombre de recursos y sabría burlar la persecución y vigilancia del F. B. I. S...

— Gracias por la confianza.

— Es verdad, amigo mio. Yo necesitaba esos cien millones para pagar su platino. Aunque, en realidad, manejo cifras mucho más importantes, la complejidad de mi organización absorbe cantidades fabulosas. No vaya a creer que este negocio no tiene sus quebraderos

de cabeza.

— Lo supongo.

— Por eso estudie detalladamente su propuesta. El platino, en mis manos, es fácilmente convertible y aprovechable: en las suyas seria solamente un engorro.

— De acuerdo.

— Ahora bien, disponer de cien millones de «cosmos» no es nada fácil y ha tenido que quebrarme la cabeza para encontrar una solución que nos conviniese a ambos.

— Usted dirá.

— Hay que coger ese dinero, Dick.

— ¿Robarlo?

— Llámelo como quiera. Puedo garantizarle el «golpe» desde todos los puntos de vista. Es un asunto estudiado detalladamente y que no ofrece más que un obstáculo.

— ¿Cuál?

— La caja. Sólo un hombre como usted puede abrirla, Dick.

Wurtzel frunció el entrecejo.

— No esperaba esto; francamente, Palmer. Tener que cambiar mi platino por el producto de un nuevo trabajo mío.

— Ya le he dicho que no tendrá más que abrir la caja. Mis hombres le protegerán como a un personaje importante, dejándose matar por usted, si preciso fuera; aunque, como antes dije, todo está perfectamente estudiado.

Y como Dick guardase un reservado silencio, dijo:

— No puedo hacerlo de otra manera, Dick; lo siento...

Wurtzel tardó un poco en romper el silencio.

— Está bien; acepto.

— ¡Estupendo! Ya lo sabía yo...

— ¿Dónde está ese dinero?

— En el Banco Federal de Turma.

— De acuerdo. ¿Cuánto hay?

— Cien millones. Todo ello, hasta el último «cosmos», será para usted, Dick. Naturalmente, en pago del platino.

— Perfectamente.

El otro le ofreció un vaso de «whisky».

— Me lo mandan de Escocia, especialmente para mí. Vale una verdadera fortuna cada vaso.

Y cuando hubieron escanciado lo que Alex sirvió, preguntó:

— ¿Cómo anda de dinero, Wurtzel?

— Mal.

El otro sacó un fajo de billetes del bolsillo.

— Tome, veinte mil; no quiero que le falte nada hasta el momento en que hagamos el «trabajo» en el Banco.

Había tocado un timbre y un hombre de aspecto patibulario apareció en el umbral.

— Lucky se encargrá de usted, Wurtzel; el lo alojará y le dará cuantas facilidades desee.

— ¿Cuándo es lo de la Federal?

— Dentro de dos o tres días. Diviértase, mientras tanto.

* * *

Al despertarse, con un fuerte dolor en la mandíbula, Kara no tardó ni media docena de segundos en reconstruir lo que había pasado.

— ¡Maldito puerco! —exclamó, poniéndose trabajosamente en pie.

Luego, de manera no muy delicada, hizo que su padre recobrase igualmente el conocimiento.

El viejo Sethén abrió los ojos, mirando asombrado hacia todas partes.

— ¿Qué ha pasado, Kara?

Pero ella no estaba de humor para informarle.

— ¡Calla, viejo estúpido! Tú eres el culpable de todo. Si no hubieses dicho nada del contrato, no hubieras despertado su desconfianza y él se habría quedado aquí... ¡Ya hubiésemos tenido tiempo de sacarle todo lo que hubiéramos querido!

— Yo... —balbució tímidamente el otro.

Y empezó a llorar espasmódicamente.

— ¡Ese perro me las pagará! —exclamó ella, con los ojos brillantes—. ¡Debía haberme matado! Hubiese sido la única manera de salvarse. Pero ha cometido un grave error, al dejarme con vida, ya que le seguiré hasta Saturno, donde le hallare, aunque se haya ocultado en el mismo infierno.

Salió de la casa, segura de que sus temores estaban completamente fundados. Así, cuando descubrió que Dick se había llevado el «Aigle», sonrió ferozmente.

— ¡No eres un estúpido, amigo mio! Eso no lo he dudado jamás. Pero de poco te servirá tu astucia.

Volvió junto a su padre.

— ¡Me voy! ¡Y no esperes que vuelva nunca más, para que estropees estúpidamente mis planes! Ese hombre está en Saturno y lo encontraré, aunque sea lo último que haga en mi vida... ¡Adiós, para siempre!

— ¡Espera, Kara... hija mía!

Pero ella no se volvió y corrió desesperadamente hasta el lugar donde había aterrizado el día anterior con su astronave.

Al ver los cadáveres de su hermano y sus partidarios, terminó de comprenderlo todo. Y se sintió tremendamente asqueada de tener una familia de ladrones que, después de todo, eran aún peor que el propio Wurtzel.

Minutos más tarde, el astrocohete volaba hacia el espacio y fue un poco después, cuando ya había tomado el camino de Saturno, cuando vio a lo lejos otro aparato que se dirigía directamente a Europa.

No le cupo la menor duda de que se trataba de la policía.

Una hora después, cuando, tras conectar el piloto automático, pensó en descansar un poco, se llevó una sorpresa al ver, en la cabina posterior, asustado y medio mareado, a un «ñakak», que la miró con ojos temerosos.

Ella acarició la cabeza del animal, susurrándole.

— Me alegro de que te hayas metido aquí, amiguito. La soledad empezaba a hacerme daño.

Luego, se tendió junto al animal, reclinándose sobre su cuerpo y quedándose profundamente dormida.

* * *

Durante la noche se levantó dos veces para meter las manos en una jofaina con agua fría.

La cosa había empezado al atardecer, cuando, después de cenar en compañía de Lucky, el lugarteniente de Alex, empezó a sentir aquella quemazón, que fue aumentando intensamente hasta llegar a ser algo insoportable, sencillamente insufrible.

No podía extrañarle.

Después que aquella mujer, en Deimos, había caído bajo las quemaduras de los rayos gamma, el empezó a temer algo semejante. Y, aunque, gracias a Kara, habían evitado la contaminación para los dos, cubriendo el platino con aquel estuche de plomo que ella había comprado en Deimos, no podían evitarse los resultados de todo el tiempo que él había viajado con el pernicioso metal, sin más protección que la fina capa de plástico de la mochila.

Hasta era de extrañar que no hubiera caído enfermo antes.

Pero, en el fondo, Dick había sido siempre un tipo fuerte, de constitución robusta y de una resistencia orgánica a toda prueba.

¡Sus manos!

Las miraba, mientras hacia pasar el agua refrescante sobre la piel que le ardía y que había tomado un intenso color rojizo.

Justamente cuando más las necesitaba, cuando tenía que exigirlas, como en los buenos tiempos, una precisión matemática, de forma a encontrar, con la celeridad de siempre, la combinación que abriría la caja en un santiamén. Llevaba, a veces, las herramientas de los «revienta—cajas» vulgares; pero jamás las había empleado, confiando sólo y exclusivamente en sus sensibles dedos.

Logró calmarse un poco y ya hacia la madrugada consiguió caer sobre el lecho dormido pesadamente...

Se levantó ocho horas más tarde.

En realidad, fue el televisor lo que le despertó con su molesto zumbido. El rostro de Lucky apareció en la pantalla en cuanto apretó el botón.

— ¡Hola, Dick! ¡Tienes mala cara! ¿Ocurre algo?

— No. ¿Qué quieres?

— Esta noche haremos el trabajo. Me lo acaba de decir Alex.

— Perfectamente.

— Iré a buscarte dentro de un par de horas.

— De acuerdo.

Se apagó la pantalla y Wurtzel se retiró, acercándose a la ventana de su apartamento.

El cielo tenía un color indefinido, producido por la refracción de los débiles rayos solares sobre el anillo, que llenaba todo de una especie de fosforescencia fantasmal.

Un agudo escozor le hizo mirarse las manos.

Estaban intensamente hinchadas, ofreciendo sobre la piel una descamación desagradable a la vista.

— ¡Maldita sea! —exclamó con rabia.

Era como una burla que el destino hubiese forjado cínicamente, preparando todos los elementos, como si desease carcajearse de él justo en el momento que alcanzaba el final de su proyecto.

Encendiendo un cigarrillo, se dejó caer sobre uno de los sillones.

Su situación le pareció claramente angustiosa. Si no lograba abrir la caja del Banco Federal, fracasando rotundamente, jamás podría deshacerse del lingote de platino, que se convertiría en algo inútil, ya que no encontraría a nadie que estuviese dispuesto a comprárselo, como ocurría con Palmer.

Apenas si podía mantener el cigarrillo entre los abotargados dedos, cuya sensibilidad había disminuido de una manera alarmante.

— ¡No podré abrir la caja! —musitó con la energía de un sollozo.

Fue entonces cuando la idea surgió en su mente. Por el momento, sorprendido de su propia deducción, se quedó sin habla, desconfiando de haber podido encontrar tan maravillosa solución; después, a medida que maduraba su idea, sometiéndola a un estrecho juicio crítico, llegó a la conclusión de que había acertado y de que ya podía considerar los cien millones de «cosmos» como positivamente suyos en exclusiva.

Se bañó y se vistió con dificultad, pero ya no le importaban nada aquellos dedos suyos que se iban amorcillando rápidamente.

Lucky fue a buscarle y juntos fueron, en compañía de media docena de hombres armados, a la parte central de la ciudad, donde se levantaba el importante edificio de la «Federal Bank».

La entrada fue sumamente fácil y Dick se percató de que Alex no habla mentido al decirle que había pensado en todo y que no habría peligro alguno de que fuesen sorprendidos.

Lucky le acompañó hasta la sala donde estaba la caja.

— Ahí está —dijo, señalándosela.

Era un modelo reciente; pero si Dick hubiese podido utilizar las ultrasensibles yemas de sus dedos, ninguna clase de dificultad Se hubiera presentado a él.

Lucky le miraba curiosamente.

— He oído hablar mucho de ti, Dick. Y tenía unas ganas tremendas de verte trabajar.

Wurtzel frunció el entrecejo.

— Pues no sabes cuánto lo Siento, Lucky; pero tendrás que largarte. Nunca trabajé con «mirones» a mi lado.

— Está bien —rezongó el otro.

Cuando hubo salido, Dick cerró cuidadosamente la puerta, sacando el aparato de Ferrel que tanto bien le había hecho desde que inmovilizó a los robots—guardianes...

Ahora, si sus cálculos no eran erróneos, lograría un nuevo triunfo.

Enfocó la caja con la pistola, apretando el disparador.

¡Y la caja se abrió!

Todos sus mecanismos electrónicos habían fallado, convirtiéndose en algo inútil para seguir sirviendo para cerrarla.

Abrió la puerta y llamó a Lucky.

Este miró la caja abierta con sincera admiración.

— ¡Eres estupendo, Dick! ¡Mucho más de lo que yo creía!

Metieron los fajos de billetes en sendos sacos, cargándose con ellos y abandonando el Banco; una vez fuera entregaron el dinero a los ocupantes de un coche, tomando otro ellos dos, de manera a evitar sospechas, en caso de ser detenidos.

Luck acompañó al otro hasta el hotel.

— Dile a Alex que mañana le traeré el platino. Debe tener preparado el dinero.

— Perfectamente, Dick.

Momentos más tarde Lucky entraba como una tromba en el despacho de su jefe.

— ¿Qué diablos te ocurre, Lucky?

— ¡He descubierto algo maravilloso, Alex!

— ¡Habla!

— Ahora sí que conozco la «habilidad» de las manos de ese tipo... ¡Yo puedo ser tan hábil como él!

— ¿Cómo? ¡Tú estás delirando!

— ¿Sí, eh? Me puso de patitas en la calle, pero yo miré por el ojo de la cerradura. ¿Sabes lo que hizo?

— No.

— Sacó una especia de pistola y enfocó la caja que inmediatamente se abrió, como obedeciendo a una orden de Wurtzel.

— ¿Estás seguro?

— ¡Como de que estoy aquí en este momento!

Alex Sonrió, iluminado su rostro.

— No olvidaré este favor que me has hecho, Lucky. Ya sabes lo que hay que hacer, ¿verdad?

— Sí. Ese aparato estará aquí, sobre la mesa de este despacho, antes de dos horas.

CAPÍTULO 9

Con las informaciones recogidas en Europa, Doc y sus amigos lanzaron su astronave hacia Saturno, a la máxima velocidad posible, deseando intervenir cuanto antes y poner punto final a aquel escabroso asunto.

— No hacía falta —dijo French— que Jenkins hubiese nombrado a Palmer. Más allá de Júpiter no hay otro bandido más que él y Dick ir a verle para intentar venderle el platino, que ya debe de empezar a cansarle.

— ¿Tanto dinero tiene ese Palmer? —inquirió el piloto.

— Es muy poderoso; pero seguro que hará lo imposible para engañar a

Wurtzel. Se quedará con el platino y lo quitará de en medio. Siempre ocurre lo mismo entre esos hombres: son como hienas o como lobos, que esperan sólo el momento de devorarse entre ellos.

— Hace tiempo que vamos detrás de Palmer, ¿verdad, Doc?

— Sí. Pero ésta puede ser una ocasión de esas que se prestan a matar dos pájaros de un solo tiro…

— ¿Y esa muchacha?

— ¿Kara?

— Sí.

— No me gustaría estar en la piel de Dick si puede ponerle las garras encima. Ya oíste a su padre: es una fiera indomable, dispuesta a hacer pagar a Wurtzel la burla que le ha hecho…

— ¡Sería un espectáculo interesante asistir a su encuentro!

— No le daremos tiempo, Müller. Intervendremos antes, ya que deseo llevarme, cueste lo que cueste, a Dick a la Tierra. Es una satisfacción que debo a Ben.

— Tienes razón.

El piloto llamó su atención.

— Estamos llegando a Saturno.

Poco después, en efecto, la astronave se posaba en el espaciódromo, donde un coche policial les esperaba ya, con Ilmer, el delegado del F. B. I. S. en el planeta.

Se estrecharon cordialmente la mano.

— Estoy a sus órdenes, señor —dijo Ilmer.

— Gracias. ¿Conoce la guarida de Alex Palmer?

— Sí.

— ¡Pues andando!

— ¿No podíamos esperar a mañana por la mañana? Seguramente desearán descansar…

Doc miró significativamente al hombrecillo; luego, con voz cargada de cólera, preguntó:

— ¿Cuánto recibe usted de Palmer, Ilmer?

— ¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

Müller se adelantó a su jefe y cogió al policía por un brazo, en una impecable presa de «judo», haciéndole inclinarse, en una profunda y cómica reverencia.

— ¿Dónde encontraremos a Palmer? —insistió Doc.

— En «Le Perroquet» —musitó el otro, con el rostro contraído por una mueca de dolor.

— Métalo en la astronave —dijo French al piloto— y no le deje salir.

— No se preocupe, señor.

Un vehículo les llevó ante el célebre local de Palmer. Al verlos llegar, el conserje intentó sacar un arma, pero la pistola tetanizante de Müller entró en acción, paralizando a aquel imprudente.

Momentos más tarde penetraban en tromba en el despacho de Alex.

En el más justo momento.

Lucky entregaba en aquel instante una especie de pistola a su jefe.

— Esta —decía— es la maravillosa «abrecajas» de Dick.

No dijo más.

Müller lo dejó sin sentido de un puñetazo. Por su parte, Doc se encargó de Palmer, que se convirtió en algo infantil entre sus poderosos brazos.

— ¿Dónde está Wurtzel?

— En el hotel «Kulmar»

— ¿Y el platino?

— Ha debido de dejarlo en Mimas, según dijo.

* * *

Al abrir los ojos un fuerte dolor de cabeza fue lo primero que experimentó Wurtzel. Tuvo que arrastrarse hasta uno de los muebles y encaramarse, apoyándose en él, para acabar dejándose caer pesadamente sobre el sillón que le había servido de agarradero.

Recordó casi en seguida los detalles de la agresión cobarde de que había sido objeto por parte de Lucky. Y, al registrarse los bolsillos y no encontrar la «pistola» de Ferrel comprendió todo, cerrando los puños con rabia.

Una especie de rugido feroz brotó de su garganta.

Lucky debía de haberle espiado desde el otro lado de la puerta y visto cómo manejaba aquel arma, que hizo que la caja se abriese por ensalmo. Su fama reposó, desde entonces, en el aparato de Ferrel, que irónicamente era la primera vez que empleaba.

Por eso le hablan atacado y se lo hablan robado.

La situación era clara.

Ya no habría más ocasiones para entrevistarse con Palmer. La ley de los «sin—ley» imponía aquel estado de cosas y Dick hubiese sido recibido a balazos si se atrevía a acercarse a Alex para cualquier cosa.

— Falta muy poco para que pase el mes de que me habló Kimball — dijo en voz alta—. Después podré fraccionar el platino en pequeños trozos e ir vendiéndolos poco a poco, atendiendo a todas las necesidades y pudiendo hasta llevar una vida, si no tan principesca como la que había soñado, llena de comodidades y sin que nada me faltase.

Alguna vez volvería a Turma, ya poderoso, con una banda a sus órdenes y sacarla las tripas a Alex y a Lucky, que pagarían caro lo que le habían hecho.

Se levantó y casi en seguida tuvo que correr al lavabo, para meter las manos bajo el chorro de agua fría.

¡Le ardían!

Tenía que ver a un médico; alguien que le proporcionase un

medicamento para evitar, por lo menos, aquellos espantosos quemazones que le hacían pensar en que alguien ponía trozos de carbón ardientes sobre su piel.

La quemazón cedió lentamente.

Después de vestirse, cogiendo todo lo que le pertenecía, ya que no pensaba volver más, se dirigió hacia la ventana para echar una última ojeada a la calle y al cielo, donde el anillo tenía, en aquellos momentos, un color verde esmeralda de una belleza tremenda.

Abrió la ventana y se asomó a la calle.

Ocupaba el piso trece y por eso pudo ver los coches policiales detenerse a la puerta, mientras las sirenas se dejaban oír.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Salió de la estancia, dirigiéndose hacia el final del pasillo, donde se hallaba la escalera de servicio. Y se lanzó como una tromba hacia abajo, dispuesto a llegar a la calle, saltándose cuantos obstáculos se le presentasen.

Una vez abajo tomó el pasadizo que daba a la callejuela posterior y dos minutos después un vehículo a cuyo chófer había prometido cien «cosmos» de propina corría locamente hacia el lejano espaciódromo.

Cuando se halló en su «Aigle», después de pagar el aparcado al empleado del espaciódromo, se sintió completamente seguro de si mismo. Y con una tranquilidad absoluta preparó los datos y las coordenadas para volar inmediatamente hacia Mimas, el desierto satélite de Saturno.

La astronave, como de costumbre, salió disparada hacia el espacio, sin que Dick experimentase la menor molestia. Se habla reclinado en el sillón de pilotaje y miraba sus manos, cada vez más hinchadas, mordiéndose fuertemente los labios.

Después de todo no habla tenido muy mala suene y podía estar contento de que las cosas no se le hubiesen puesto aún peor.

No tardó mucho tiempo en llegar al pequeño satélite saturnal, donde el «Aigle» se posó blandamente sobre el desierto amarillento, poblado exclusivamente por cactus que florecían por doquier.

Dejó la astronave y avanzó hacia el lugar donde creía haber escondido

el platino.

Pero no lo encontró.

Nuevamente regresó al «Aigle» y consultó el mapa que había hecho y guardado en la carpeta de pilotaje. Volvió al suelo, caminó un par de millas y se dio entonces cuenta de que había aterrizado demasiado lejos. No tardó en descubrir el escondite.

Había tenido la suerte de dejar en la gabardina, en el hotel, el aparato «anti—g», evitando así que Lucky se apropiase de él.

Aplicó la pequeña ventosa y levantó sin dificultad la funda de plomo que envolvía su tesoro.

No pudo evitar una sonrisa.

A pesar de todo, de sus fracasos, del ardor de sus manos, que era ahora casi continuo, el estar al lado del platino le llenaba el corazón de confianza en el porvenir.

¡Seguía siendo, por encima de todo lo ocurrido, uno de los hombres más ricos del Sistema!

Fue entonces cuando oyó la astronave.

El ruido fue tan inesperado como intenso; tan intenso que lo ensordeció al pasar el aparato, que ya planeaba por encima de donde él estaba.

No le fue necesaria más que una rápida mirada para darse cuenta de que era el astrocohete de la policía, el mismo cuya electrónica paralizó con la pistola de Ferrel.

¡Ah, si la hubiese llevado encima en aquellos momentos!

Maldijo a Lucky y a su patrón, deseándole toda clase de males.

Pero, por encima de su cólera se impuso el peligro y empezó a correr hacia el «Aigle», deseando poner entre los polizontes y su persona la distancia más grande que pudiese.

Esta vez se equivocaba.

La astronave policíaca volvió a pasar y una ráfaga de proyectiles tetanizantes le envolvió casi por completo.

Dick retrocedió, asustado.

¡Le impedían ir a su aparato!

Comprendiéndolo así, volvió sobre sus pasos, sin dejar el platino, corriendo en sentido opuesto, hacia donde los cactus abundaban extraordinariamente y podía encontrar un refugio momentáneo.

Se oscurecía el sol lejano en aquel momento, desapareciendo al mismo tiempo de la azul superficie del cielo el gigantesco S aturno. Era, evidentemente, la noche de Mimas; una noche tan intensamente negra como ningún hombre había visto jamás.

Wurtzel avanzó lentamente, con precaución, poniendo Sumo cuidado en dónde colocaba los pies para evitar las punzantes púas de los cactus.

Se dejó caer sobre un remanso de arena.

Fue entonces cuando un feroz viento llegó desde el extremo del satélite, soplando con una furia irresistible y levantando toneladas de aquella arena rojiza, que obligó a Dick a cerrar los ojos y taparse después el rostro con un pañuelo, pues sintió que se ahogaba por momentos.

Aquel simún, silbaba ásperamente.

Durante la corta noche del satélite Wurtzel permaneció recogido sobre sí mismo, luchando contra el vendaval y deseando que las densas tinieblas que le rodeaban cediesen para intentar buscar un escondrijo más favorable.

Pero, cuando llegó el alba, la oscuridad apenas si cedió, viéndose sucedida por una sucia luz grisácea y a veces rojiza, que no permitía ver más allá de un par de palmos del rostro.

De todas formas, Dick intentó andar a tientas, teniendo que retroceder vivamente cuando sus manos tropezaron con las púas de las plantas vecinas.

Una fatiga enorme le dominaba. Y no habiendo dormido en toda la noche se dejó caer nuevamente sobre el mismo sitio donde yaciera antes, sintiéndose el más desgraciado de los hombres.

Poco después se quedó profundamente dormido.

* * *

Al aterrizar sobre Mimas, después de impedir que Wurtzel llegase a su astronave, haciéndole retroceder con unas cuantas ráfagas tetanizantes, Müller saltó a tierra y corrió como un desesperado hacia donde creía que se había escondido el bandido.

Pero la inesperada llegada de la noche del Satélite y el comienzo de la tormenta le hizo retroceder vivamente, refugiándose, con sus compañeros, en el interior de la astronave.

— ¡Qué mala suerte! —exclamó, dejándose caer sobre uno de los asientos.

— Más mala es la de ese desdichado —dijo Doc—. ¿Te imaginas la noche que va a pasar? Y, si según he leído, las tormentas de estos pequeños satélites duran cerca de dos días, jamás podré llevarme a Wurtzel vivo a la Tierra...

— ¿Por qué no salimos a buscarlo? —inquirió el piloto.

— Es imposible. Si no hubiese tantos cactus y se tratase de un desierto pelado, tipo estepario, el radar lo localizarla enseguida pero con esta vegetación jamás lo lograríamos...

El copiloto, que estaba en la cabina de aparatos, penetró en aquel momento en lo que servía de cuarto de reunión.

— Una astronave se acerca.

— ¿Eh?

— Ha aparecido en la pantalla de radar, que se ha encendido automáticamente, ya que estaba encendido el mecanismo de alarma.

— Vamos a ver.

El brillo se veía claramente, definido al este—oeste de la pantalla y moviéndose en aquella dirección.

Al cabo de un rato, el copiloto dijo:

— No se atreve a bajar. Debe de temer la tormenta.

— Oye, Doc —dijo Jenkis—, ¿no será...?

— La misma —cortó el otro—. Ha debido de seguimos.

— ¿A nosotros?

— ¿Quién más podía llevarla hasta el sitio donde se encuentra Dick?

Y después de un corto y penoso silencio Doc propuso:

— Debemos evitar que esa loca se salga con la suya. Además, después de lo que vimos y oímos en Europa, es muy capaz de apoderarse del platino y complicarnos nuevamente el asunto ahora que podemos decir que lo tenemos casi definitivamente arreglado.

— Tienes razón.

— No creo que sea muy difícil detenerla —volvió a decir French—. En cuanto ceda la tormenta, correremos hacia el lugar donde presumimos que está escondido Dick. Pero nos desplegaremos, impidiéndole, de cualquier modo, que se acerque a él. Si se pone un poco pesada... una bala tetanizante la dejará tranquila por unas horas.

— O un buen directo. ¿No fue ese el procedimiento que Wurtzel siguió con ella?

— No te fíes demasiado, Müller. No conoces a estas mujeres de los planetas exteriores. Sería capaz de retorcerte el cuello mucho más fácilmente de lo que piensas.

— Pues dijeron que es muy hermosa.

— Sí. Es una pena que esta clase de muchachas se vean obligadas a vivir pendientes del «contrato» que la absurda ley de sus pueblos les impone.

— ¿De que se trata? —inquirió curiosamente el piloto.

— Deben, al cumplir dieciocho años —explicó Doc— abandonar el hogar paterno e ir en busca de un marido, cuya riqueza sea suficiente para que el padre de ellas se muestre conforme a quedarse con el cincuenta por ciento de la fortuna del yerno...

— ¡Bonita forma de negociar con esas muchachas!

— Es una ley absurda, como tantas otras, nacidas del fondo egoísta de la naturaleza humana.

— ¡Se ha calmado la tormenta y empieza a amanecer! —gritó en aquel momento el copiloto.

CAPÍTULO 10

A pesar de la claridad que llegó tan bruscamente como anunció el copiloto, el polvo rojizo que había levantado el formidable simún, quedaba aún flotando y circunscribiendo la visión a una estrecha zona, que no pasaba de más de una docena de yardas.

Salieron los dos policías, ordenando al piloto que al menor peligro abriese fuego con las armas de a bordo.

Por el momento no se atrevieron a separarse demasiado de la astronave. El polvo iba posándose poco a poco en el suelo y podían esperar a que, sin tardar mucho, la visión se ampliase de manera a descubrir el lugar donde Dick se ocultaba. No podía estar muy lejos.

— ¿Crees que lo encontraremos vivo? —inquirió Müller.

— No lo sé. Si lo está, debe de ser mucho más resistente de lo que puede creerse en un hombre como él afectado por la radiactividad...

— ¿Oyes el zumbido de un motor?

Doc levantó la cabeza, asintiendo después.

— Es la astronave que oímos antes. Creo que no tardará en posarse en cuanto el ambiente se calme.

— ¿Sigues creyendo que se trata de Kara?

— ¿Quién podría ser, Jenkins? La policía de Saturno espera nuestra órdenes; Palmer y Lucky, así como ese tipo del F. B. I. S., que se vendía a ellos, están a buen recaudo. Por otra parte, nadie sabe que hemos venido aquí. Nadie, salvo Wurtzel.

— ...y Kara.

— Esa es la que me preocupa mayormente. Nunca se puede esperar nada bueno de las reacciones de una mujer furiosa...

— ¿Crees que viene a matar a Wurtzel?

— Casi seguro. Aunque tampoco debemos olvidar que el platino significa una golosina demasiado importante para echarla en olvido.

— ¿Cómo? ¿Sería capaz de pensar en llevarse el platino estando nosotros aquí?

— Ya te he dicho que no te fíes.

La niebla se había posado casi por completo. Sólo una pequeña e insignificante cantidad de polvo rojo flotaba aún; pero ya la visión podía considerarse como perfecta.

— ¡Ahí va la astronave!

En efecto, el astrocohete había pasado sobre ellos, picando poco después para acabar posándose más allá de la masa de cactus, no lejos del lugar donde debía de hallarse el ladrón.

— ¡Corramos! —gritó Doc.

Se imaginaba los propósitos de la mujer y no se equivocaba.

Nada más posarse su astronave, la muchacha salió de la cabina, armada con un rifle ametrallador de tipo térmico, con el que, volviéndose hacia los dos policías, disparó velozmente.

— ¡Al suelo!

Se pagaron a la tierra rojiza. Mientras, por todos lados, los cactus ardían como teas, bajo el fuego de los proyectiles térmicos que, al estallar, elevaban la temperatura muchos cientos de grados.

— Y nosotros con pistolas tetanizantes... —musitó Müller.

— Ya lo sé. De todas formas no podemos retroceder ahora para proveemos de otra clase de armas. Los deseos de esa mujer están completamente claros. Y no quisiera que se me adelantase y, además de matar a Dick, se llevase el platino.

— ¿Por qué no decimos que abran fuego los nuestros?

— Deben de estar esperando la señal; pero no se la daremos. El cañón térmico de las astronaves es demasiado potente, y si, por casualidad, uno de esos proyectiles diese sobre el platino, lo licuaría, llegando a evaporarlo.

— Comprendo. ¿Qué hacemos entonces?

— La seguiremos con cuidado. Es preciso que no nos vea...

Así lo hicieron, pero evidentemente Kara no era una mujer estúpida. De vez en cuando disparaba una ráfaga, que obligaba a sus perseguidores a mantenerse ocultos un buen rato, mientras las plantas desérticas ardían a su alrededor.

Con el rostro contraído por la rabia y los ojos brillantes, Kara avanzaba, segura de no estar muy lejos de su objetivo.

En realidad, no sabia si le era más precioso el ansiado platino o la vida de Wurtzel; tal era el odio que sentía por aquel hombre.

Cada vez que recordaba la burla que había hecho de ella, cubriéndola de ridículo de una manera atroz, apretaba el rifle ametrallador entre sus fuertes manos, atisbando detalladamente las plantas que se extendían ante ella y con el deseo de ver asomar por cualquier parte, la cabeza de sus enemigos.

De otro lado no abandonaba tampoco la idea del platino. Había sufrido demasiado por las absurdas leyes de su satélite y estaba cansada de estar sometida a ellas. Si lograba apoderarse del lingote sería la mujer más rica del Sistema y ya podría mirar a los hombres de arriba abajo, con el desprecio que desde niña había sentido por ellos.

Se volvió, disparando ·una nueva ráfaga contra las lejanas siluetas de los policías.

— ¡Malditos! —gruñó mientras hacía arder un buen trozo de tierra.

¿Por qué se mezclaban aquellos idiotas?

Dick se había casado con ella, y el platino, al no cumplirse el contrato con el padre de Kara pertenecía, según las leyes generales del Sistema, a los dos esposos.

Ellos eran los que debían ponerse de acuerdo o pelearse por su entera y total posesión.

Por otra parte, Wurtzel había abandonado a su esposa. Y aquello, desde el punto de vista de los pobladores de Europa, debía ser castigado con la muerte, ya que era la mayor ofensa que podía hacerse a una europea.

Se mordió los labios.

Había dejado la astronave a un lado, con la portezuela abierta. Y ella sola sabía por qué había tomado tal precaución. No era una mujer tonta y deseaba tener, en última instancia, todos los triunfos en la mano.

Fue entonces cuando vio a Dick.

Estaba a medio centenar de metros delante de ella y acababa de salir de entre un macizo de cactus. El alarido de triunfo de la mujer le hizo volver la cabeza. Y, al reconocerla, empezó a correr, llevando entre sus manos la mochila del platino.

También gritaron desaforadamente los policías, detrás de ella.

Se volvió y les hizo ocultarse, barriendo nuevamente una ancha franja de terreno que, empezó a arder inmediatamente.

Luego echó a correr.

Dick lo hacía como una rata, moviéndose de un sitio para otro, pero ella estaba armada y temía que lo hiciese arder como una tea, en el momento en que se distrajese lo más mínimo.

Los del F. B. I. S., después de darse cuenta de lo que ocurría, salieron disparados en pos de la muchacha.

Dick, que había salido de su modorra al oír los primeros disparos, corría cuanto podía, desesperadamente, con el oscuro deseo de hallar un escondite donde Kara no pudiera encontrarlo.

— ¡La muy víbora! —decía entre dientes, sin dejar de correr—. ¡Preferiría mil policías a una serpiente como ésa!

La sola idea de que aquella loca disparase contra él su temible rifle, hizo que se le erizasen los cabellos en la cabeza. Pero luego, después de darse cuenta de que Kara disparaba solamente sobre los policías, sonrió comprendiendo que ella jamás se arriesgaría a destruir el platino, ya que no había ido a Mimas a otra cosa.

— ¡No lo tendrás nunca, perra! —se dijo con rabia.

El cansancio le ahogaba.

Además, se veía obligado, debido a la pérdida de sensibilidad de sus manos, a apretar cada vez con más fuerza el paquete que llevaba.

Desde que se habla despertado y cuando la luz le permitió mirarse, se aterró al ver hasta dónde había llegado la inflamación de sus manos, en las que las uñas de los dedos parecían ridículas marcas córneas en el seno de la amorcillada carne.

Ahora se daba cuenta de lo loco que había sido al no informarse del poder radiactivo de aquel maldito metal. Pero ya era demasiado tarde y todavía tenía la esperanza de que, escapando de aquella persecución, encontraría a muchos doctores que, por un buen trozo de platino, le dejarían como nuevo.

— ¡El platino significa el poder! —exclamó—. ¡Todo lo demás no vale nada! ¡Por el metal me persigue esa loca y me han perseguido, a través de todo el Sistema, esos imbéciles de policías! Eso demuestra que Io que llevo entre las manos es algo importante, único... ¡Y QUE ES MIO!

Se le nublaba la vista y empezaba ya a dar traspiés.

Dos veces seguidas cayó de rodillas, levantándose prestamente, con el rostro lleno de polvo rojizo, que le cegaba.

La distancia entre Kara y él habla disminuido sensiblemente y aquello era precisamente lo que le daba frío, pensando en las manos sanas y fuertes de la muchacha, contra las que no podía oponer más que dos disparatados e informes trozos de carne fofa.

Finalmente, caído de nuevo y sin fuerzas para levantarse, se volvió hacia el sitio por donde le llegaban los apresurados pasos de la muchacha. Y sin verla, cegado por el polvo rojizo, que una molesta brisa empezaba a levantar nuevamente:

— ¡Lo partiremos entre los dos, Kara! ¡Te lo juro!

Llegó hasta el la risa irónica de la muchacha; algo ciertamente escalofriante, como la carcajada de una hiena...

— ¡Te lo juro, Kara! Con la mitad del platino tendremos suficiente para vivir felices...

Otra carcajada, tan fría y escalofriante como la anterior.

Poco después, Kara llegaba hasta donde estaba Wurtzel.

No se molestó mucho, ni perdió demasiado tiempo con él.

Levantó el rifle, tomándolo por el cañón y miró, con un odio imposible de describir, aquel rostro hinchado, casi como las manos, con los ojos cerrados y las pestañas cubiertas del cegador polvo rojizo.

Dejó caer la culata sobre la cabeza del desgraciado.

Luego, agachándose, tomó la mochila de plástico y siguió corriendo unos cuantos metros más. Al llegar ante una barrera de cactus, se volvió y descargó una nueva ráfaga térmica contra los policías que, al ver su gesto, se habían tirado nuevamente al suelo.

El rifle hizo un ruido extraño y Kara lo miró con odio.

— ¡Se ha descargado! —dijo con voz llena de rabia.

Y lo tiró lejos de sí.

Al ver aquello, Doc y Müller, empuñando sus pistolas tetanizantes, se lanzaron a una loca carrera.

— ¡Deténgase, Kara! ¡No tenemos nada contra usted!

Ella rió y su carcajada tenía algo de demoniaco.

Siguió corriendo.

Doc y su amigo salvaron, en un periquete, la distancia que les separaba del lugar donde yacía Wurtzel.

Lo miraron un instante, estremeciéndose. Nunca olvidarían aquel aspecto. Dick no hubiese necesitado que Kara le destrozase el cráneo para ofrecer un aspecto horrible.

Parecía como si, de repente, toda la carga de radiactividad que llevaba aquel cuerpo, desde que salió de la Base L—121, se desencadenase de golpe, inundándolo con su horrenda fuerza deformante…

Ya no era sólo las manos las que habían experimentado una exagerada hinchazón, una inconcebible hipertrofia. Los brazos, las piernas, el cuerpo entero estaba como abotargado.

— Vamos, Müller —musitó French, con un escalofrío de horror.

No se habían detenido más que un instante, lo preciso para darse cuenta de que la mochila del platino había desaparecido.

Siguieron corriendo tras Kara y acortando rápidamente la pequeña

ventaja que ella habla logrado momentos antes.

— ¡Se dirige hacia el otro lado! —gritó Müller, sin dejar de correr.

— ¡Lo normal es que fuese hacia su astronave!

— ¡Eso es lo que no entiendo! —le contesto Doc.

— ¡Y se aleja de ella!

La siguieron por el intrincado sistema de estrechos pasillos que dejaban entre sí los altos cactus, con sus aceradas espinas que coronaban sus anchas palas.

— Sigue alejándose de su astronave. ¡Que me aspen, si lo entiendo!

— Yo tampoco lo entiendo. ¿Tendrá algún cómplice al otro lado del satélite?

— No lo sé, pero me extrañaría.

— ¿Por qué no disparamos?

— Sería inútil. Nuestras pistolas tetanizantes no tienen efecto alguno a esa distancia.

De repente, un silbido penetrante brotó ante ellos. Fue tan intenso que les ensordeció, y se miraron, sin comprender absolutamente nada, hasta que comprendieron demasiado tarde lo que pasaba.

Dando fantásticas saltos, de cerca de treinta metros, el «ñakak» que se había encerrado en la astronave de Kara, corría hacia su dueña, acudiendo a la llamada que, en momento oportuno, ella le había hecho.

— ¡Ahora lo comprendo! —exclamó Müller.

También Doc lo había comprendido.

Kara los había alejado de la astronave, engañándolos miserablemente, de forma que, cuando estuviese sobre el «ñakak» no pudiesen seguirla y tuviese ella tiempo suficiente para escaparse del satélite.

— ¡Maldita! —rugió.

Y, sin decir más, echó e correr, a una velocidad loca, dirigiéndose a la astronave de la mujer y disparando, a diestra y siniestra, contra los

cactus que le obstaculizaban la marcha.

Deshechas por las detonaciones ultrasónicas, las plantas espinosas volaban en pedazos, dejando el paso libre al policía, que había encontrado el único procedimiento inteligente para acortar el camino hacia su objetivo.

Müller le imitó, siguiéndole.

Pero, a pesar de la velocidad de aquella carrera, el «ñakak» era viento comparado con los dos hombres. Mucho antes de que Doc hubiese cubierto la mitad de la distancia que le separaba de la mujer, ésta había descabalgado y entrado, como una exhalación, en la astronave, cuyas toberas empezaron a echar llamaradas casi en seguida.

EPÍLOGO

DOC creyó que su corazón iba a estallar; pero, sin hacer caso a la angustia asfixiante que se estaba apoderando de él, siguió corriendo, casi con la vista nublada, contemplando cómo la imagen de la astronave danzaba ante él, como movida por un terremoto curioso.

Un silbido prolongado le anunció que los motores entraban en La fase del despegue.

Cerró los ojos, apretando a correr con la poca energía que le quedaba.

Al llegar junto a la astronave, que empezaba ya a marchar, suavemente, sobre su tren de aterrizaje, sintió el tremendo calor de los gases que escapaban por las toberas.

Entonces abriendo los ojos, disparó Sin cesar hasta agotar la totalidad de las municiones que le quedaban en el arma.

DespuÉs, incapaz de mantener el tremendo esfuerzo que había realizado, cayó de bruces, Sollozando, más de rabia que de otra cosa, y respirando fuertemente, con visible dificultad.

Oyó los disparos de Müller y a un grito de éste, levantó la cabeza.

No podía creerlo…

¡Las toberas de la astronave, que todavía no habla logrado despegar, se estaban desprendiendo!

Los disparos hablan desoldado las planchas y, al mismo tiempo, la fuerza de los gases, que las pilas atómicas despedían con una violencia extraordinaria, hablan contribuido a destrozar los conductos, arrastrando con ellos a piezas vitales del escape y parte de las paredes de las propias pilas.

La catástrofe se desencadenó bruscamente.

Una explosión, no muy grande, sacudió la parte posterior de la astronave que, inesperadamente, se partió en dos. Impelida por la fuerza de la inercia, la parte delantera siguió su veloz camino, terminando su corta trayectoria al chocar violentamente contra una enorme pared de cactus.

— ¡Vamos! —gritó Doc, incorporándose.

Le pareció haber renacido en aquel momento; tal era la alegría que apagó su cansancio pasado.

Momentos más tarde, Müller y él estaban junto a los restos del aparato.

Sacar el cuerpo de Kara les costó gran trabajo. En realidad, de no haber sido por la ayuda de los dos pilotos, que llegaron corriendo, hubiesen estado mucho más tiempo.

Kara había muerto.

Aún, sobre su rostro, que no dejaba de ser bello, quedaba la huella imborrable que la rabia y el odio, conjuntamente, habían dejado indeleblemente impresa en él.

— ¡Qué lástima de muchacha! —exclamó el piloto.

Doc no hizo comentario alguno.

Se había apoderado de la mochila de plástico y la sospesaba, sin atreverse a abrirla.

Había visto demasiados horrores, en el cuerpo de Wurtzel, para atreverse a desenvolver aquello.

— Enterremos los cadáveres —dijo.

Trabajaron hasta el atardecer ultrarrápido del satélite.

Después, en silencio, se dirigieron hacia la astronave, dispuestos a abandonar aquel pequeño y desértico mundo cuanto antes.

Fue entonces cuando, detrás de ellos, sonó un lastimero relincho.

— ¡El «ñakak»! —dijo Müller.

Y mirando a su jefe preguntó:

— ¿Qué hacemos, Doc?

French sonrió.

— Nos Io llevaremos. ¿Qué haría este pobre animal aquí, sin el cuidado de un ser humano, al que está acostumbrado?

Como si hubiese entendido lo que Doc decía, el «ñakak» se acercó a él, poniendo su sedoso morro en las manos del hombre.

— Es curioso —dijo el piloto—; es curioso.

—¿El qué? —inquirió Müller, que ayudaba para abrir la compuerta por entero, de manera que el «ñakak» penetrase en la astronave.

— Que lejos de la Tierra, en mundos hostiles, donde sigue reinando la maldad, la soberbia, el orgullo y la ambición, no hallemos amistad verdadera y sentimientos honestos más que en los animales.

— Hay de todo —dijo Müller—. Los hombres no son tan esencialmente malos como usted piensa.

— Pero, aún siendo verdad, el dinero los vuelve ambiciosos, codiciosos y crueles con sus semejantes.

El «ñakak» fue alojado en una cabina de popa.

Momentos más tarde, la astronave despegaba de Mimas, hendiendo el espacio y tomando la dirección de Júpiter.

Ya lejos del mundo de Saturno, Müller preguntó a su jefe:

— ¿Has guardado el platino, Doc?

— Sí. Lo he puesto en la cámara acorazada. Aunque su radiactividad ha desaparecido casi totalmente, no quiero perderme por una absurda

y estúpida curiosidad.

— Eso es lo que suele perder a los hombres. Müller: la curiosidad, cuando es malsana. ¿Te imaginas lo feliz que hubiese sido Wurtzel, si, al salir de prisión, se hubiese dedicado, incluso a sus pequeños robos? Pero, no, tuvo que enterarse, por medio del profesor Ferrel y de los empleados de la Base, de la existencia del platino y de la posibilidad de robarlo…

Jenkins asintió con la cabeza.

— Tienes razón, Doc. No me verás jamás preguntar nada. La curiosidad es, verdaderamente, malsana. Y a propósito, ¿no iremos, una vez a la Tierra, a ver a aquella pareja de hermanitas que trabajaban en Luna Park?

Y como Doc riese a carcajadas, Müller, enrojeciendo, exclamó:

— ¡Que me aspen si te entiendo, chico!

FIN